

SERVICIO SECRETO

SS

BOLSILIBROS



POLICIACO

Clark Carrados

LA CASA DE LOS MI OJOS



Lectulandia

La chica estaba en una situación difícil, apreció Irving Mott casi a la primera ojeada. Había oído un grito sofocado al pasar por delante de aquel oscuro callejón, seguido de una obscena serie de palabrotas, proferidas a media voz, y ello había llamado inevitablemente su atención, obligándole a detenerse a poca distancia del lugar de los hechos.

El hombre la mantenía sujeta contra la pared, pero no con una mano, sino con la punta de una navaja, que había apoyado en su esbelta garganta. Con la otra mano, se recreaba en ir rompiendo poco a poco la parte superior de su vestido.

Mott no podía captar muchos detalles, salvo que la chica parecía alta y bien formada, de pelo rubio y suelto, y el asaltante era algo más bajo y vestía desastradamente. La indumentaria del sujeto podía deberse tanto a negligencia personal como a falta de numerario.

Lectulandia

Clark Carrados

La casa de los mil ojos

Bolsilibros: Servicio Secreto - 1749

ePub r1.0

xico_weno 26.11.15

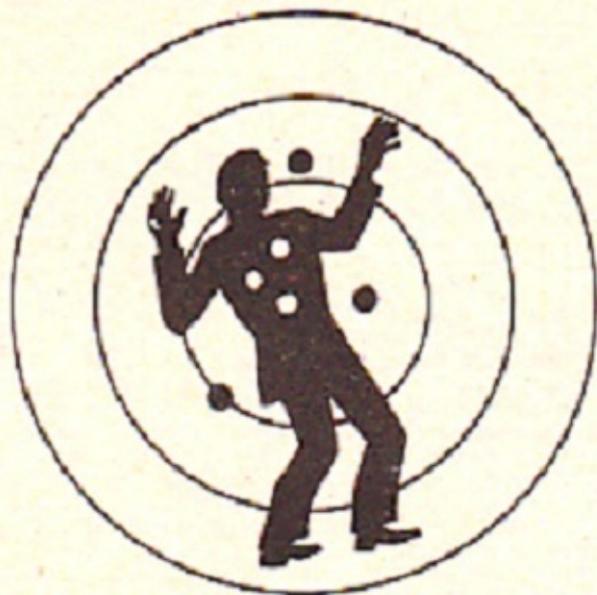
Título original: *La casa de los mil ojos*

Clark Carrados, 1984

Editor digital: xico_weno

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

La chica estaba en una situación difícil, apreció Irving Mott casi a la primera ojeada. Había oído un grito sofocado al pasar por delante de aquel oscuro callejón, seguido de una obscena serie de palabrotas, proferidas a media voz, y ello había llamado inevitablemente su atención, obligándole a detenerse a poca distancia del lugar de los hechos.

El hombre la mantenía sujeta contra la pared, pero no con una mano, sino con la punta de una navaja, que había apoyado en su esbelta garganta. Con la otra mano, se recreaba en ir rompiendo poco a poco la parte superior de su vestido.

Mott no podía captar muchos detalles, salvo que la chica parecía alta y bien formada, de pelo rubio y suelto, y el asaltante era algo más bajo y vestía desastradamente. La indumentaria del sujeto podía deberse tanto a negligencia personal como a falta de numerario.

—No te muevas, muñeca, o te rajo tu lindo cuello —dijo el sujeto—. Tú y yo vamos a pasar aquí un buen rato... Si te estás quieta y eres buena chica, no te ocurrirá nada, ¿me oyes?

Ella no pronunció una palabra, pero resultaba evidente que se hallaba en una crítica situación. De pronto, el asaltante le hizo una pregunta:

—¿Llevas mucho dinero en el bolso? Porque todo se puede combinar: el placer con el provecho...

Mott se dijo que ya había oído bastante y que era llegado el momento de intervenir. Acercándose al sujeto, le tocó en un hombro con la mano izquierda.

—Suéltala, amigo —ordenó perentoriamente.

La reacción del individuo le pilló por sorpresa, de modo que, cuando quiso reaccionar, ya era tarde. El pie izquierdo del hombre se alzó con indescriptible violencia y le golpeó en la ingle.

Mott sintió un dolor alucinante y, sin poder evitarlo, se curvó hacia delante y, doblando las rodillas, terminó caído en el suelo, con ambas manos en el lugar afectado por el terrible puntapié. Todo cuanto le rodeaba se oscureció durante breves instantes; aunque no perdió el conocimiento por completo, le pareció ver las cosas a través de un velo rojo. La chica, aprovechando su intervención, se deslizaba hacia un lado, para escapar del asaltante. Éste apreció las intenciones de la joven y se volvió de nuevo hacia ella. En aquel momento apareció alguien.

Mott divisó una alta y fornida figura, con abundante cabellera crespa, que llegaba corriendo a grandes zancadas. El dolor y las lágrimas le impidieron captar más detalles de aquella persona.

El recién llegado agarró al asaltante por un hombro.

—Maldito bastardo, hijo de perra... —Silabeó.

La navaja se alzó al instante en el aire. Pero no tuvo tiempo de alcanzar el blanco. Un puño se movió con fuerza indescriptible y llegó de forma imparable al mentón del

sujeto.

Pasmado, en medio de su dolor, Mott vio volar por los aires un cuerpo humano. Luego, un cráneo chocó contra el muro.

Se oyó un horrendo chasquido. El asaltante cayó al suelo como un trapo mojado.

A Mott le sobrevino inesperadamente la pérdida del conocimiento, si bien por muy poco tiempo. Cuando volvió en sí, notó que el dolor había cedido considerablemente. Haciendo un esfuerzo, consiguió ponerse en pie.

A poca distancia, vio un bulto inmóvil en el suelo. Recordando el ruido de los huesos rotos, comprendió que el asaltante había muerto.

—Le dieron un buen golpe —murmuró.

Todavía un poco encogido sobre sí mismo, salió del callejón. Su coche estaba a muy poca distancia y ello le permitió regresar a casa sin mayores inconvenientes. Un baño caliente le mejoró casi por completo. Mientras se reponía, pensó unos momentos en la chica a la que había querido ayudar.

—No se puede decir que haya sido un éxito —murmuró para sí, muy disgustado.

Aunque no era partidario de ciertos procedimientos, aquella noche, decidió, necesitaba un sedante. Lo tomó y, poco más tarde, dormía como un bendito.

* * *

La asistenta se había marchado hacía poco. Mott estaba enfrascado en el estudio de unos documentos cuando, de pronto, sintió que llamaban a la puerta.

Mott vivía en una pequeña casa, de una sola planta, con un espacio ajardinado delante. La acera quedaba a unos doce metros de distancia. A través de una de las ventanas de la sala, mientras se dirigía hacia la puerta, entrevió un coche grande y negro parado junto al bordillo, pero no se detuvo a captar más detalles.

Abrió la puerta. Una hermosa joven alta y rubia, con una figura que le pareció de diosa pagana, apareció ante sus ojos.

Ella tenía un trocito de papel en la mano. Lo miró un instante y luego alzó sus bellos ojos verdosos hacia el rostro del dueño de la casa.

—¿Abogado Irving Mott? —dijo.

—Sí, yo mismo, señora...

—*Miss Clara Simms* —se presentó ella—. ¿Puede recibirme, abogado?

Mott se echó a un lado.

—Pase, señorita Simms —invitó cortés—. Supongo que viene a una consulta profesional.

—En efecto.

—Entonces, tenga la bondad de acompañarme a mi despacho.

Mott le señaló el camino. Clara pasó por su lado, envuelta en un aura de perfume suave y muy agradable, penetrante, pero discreto al mismo tiempo. Al llegar al despacho, le ofreció una butaca.

—¿Cigarrillos? —sugirió—. ¿Café?

—Sólo un cigarrillo, gracias —pidió ella.

Mientras ella lo encendía, Mott la estudió atentamente, apreciando una innata distinción natural, tanto en sus ademanes como en su indumentaria, elegante sin extremismos. Se preguntó quién podía ser aquella hermosa joven, cuyo rostro, por otra parte, creía haber visto antes en algún sitio que no lograba recordar.

—Deseo que me defienda en un pleito que me han entablado —manifestó Clara después de las primeras bocanadas de humo—. Traigo los documentos y se los dejaré para que los estudie, pero antes, sin embargo, me parece conveniente una sucinta explicación del caso.

—Se lo agradeceré, señorita Simms —respondió Mott.

—Poseo una casa en South Green Hill, con un gran jardín, y una cierta suma de dinero que me produce la renta suficiente para vivir con holgura, aunque no excesivamente, ya que debo seguir trabajando. Soy enfermera titulada; disculpe que no se lo haya dicho antes.

«Los enfermos deben de creer que les cuida un ángel, cuando la ven entrar en su habitación», pensó Mott.

—No se preocupe —dijo—. Continúe, por favor.

—La finca y el dinero me llegaron por herencia. Un paciente enfermó gravemente del corazón y le asistí primero en el hospital, y luego en su casa, hasta que murió. Se dio cuenta de lo irremisible de su estado y otorgó testamento con tiempo suficiente, dejándome la casa y el dinero. No hubo obstáculos para entrar en posesión de la herencia, pero, al poco tiempo, otra heredera vino a la casa, se enteró de que no le pertenecía, como había creído, y decidió disputarme la propiedad en los tribunales.

—¿Qué alega la demandante, señorita Simms?

—Es hija natural, aunque después reconocida como legítima, por el testador. Recibió en herencia otros bienes: dos bloques de apartamentos, un yate de treinta metros, algunas joyas de familia y tres cuartos de millón en dinero efectivo, acciones y bonos del Estado.

—No es una fruslería, ciertamente —sonrió Mott—. Sin duda, a la otra heredera, le parece poco y quiere la casa de South Green Hill.

—Así es, pero se da el caso de que, aunque resulta demasiado grande para mí, me agrada, ya que está situada en un lugar encantador, bastante aislada y me procura un descanso que aprecio mucho, después de mi trabajo. Espero que sepa comprenderme, señor Mott.

—Desde luego —repuso el abogado—. ¿Puedo conocer el nombre de la demandante, señorita Simms?

Clara abrió el bolso que llevaba consigo y extrajo un sobre, que puso en manos de su interlocutor.

—Aquí tiene todos los documentos del caso, incluyendo la demanda oficial, firmada por el abogado de la demandante. El caso se verá ante el tribunal

correspondiente dentro de quince días.

—Muy bien, lo estudiaré atentamente y haré todo lo posible para que la demanda no prospere. ¿Quiere dejarme su dirección y teléfono, por favor?

Clara sacó una tarjeta de visita de su bolso, seguida de un rectángulo de papel de color verdoso claro.

—Estimo que debe percibir unos honorarios por sus servicios profesionales —dijo—. ¿Bastan quinientos dólares como anticipo?

—Es más que suficiente, señorita —replicó Mott, son riendo.

Ella se puso en pie.

—Espero me dé noticias pronto. Me disgustaría mucho tener que abandonar la casa, por lo que representa para mí. El dinero no me importaría tanto, puesto que tengo un trabajo suficientemente remunerado.

—Muy bien, si el testamento está en orden, como todo parece indicarlo, creo que no habrá obstáculos para que el juez lo confirme irrefutablemente.

Después de las palabras del joven hubo unos instantes de silencio. Mott se dio cuenta de que ella le miraba fijamente.

—Disculpe, abogado, pero desde que le he visto, me parece recordarle de un encuentro anterior, aunque no consigo localizar... —dijo la visitante, un tanto indecisa.

—A mí también me parece usted conocida, pero no nos habíamos visto hasta hoy —contestó él.

—Espere... Sí, claro, ¿cómo es posible que no me haya acordado? Usted, anoche, cuando aquel miserable me asaltó para...

—¡Era usted! —Exclamó Mott—. Claro que me parecía conocida... ¿Se encuentra bien?

—Eso debería preguntárselo yo. El ladrón le golpeó y lo derribó...

—Bueno, se me pasó en seguida. Siento no haber podido hacer más en su favor, señorita Simms.

—Hizo demasiado y se lo agradeceré siempre.

—Pero alguien la ayudó después y golpeó al sujeto, según recuerdo.

—Sí, mi sirvienta. Es muy robusta y tiene una fuerza física excepcional.

Mott fijó la vista en el hermoso rostro de Clara.

—Yo diría que aquel sujeto está muerto, aunque los periódicos, claro, no prestan mucha atención al cadáver de un indeseable hallado en un callejón.

—Lo que él pretendía era vergonzoso, humillante. Luego, tal vez, me hubiese matado para que no lo denunciase.

—Posiblemente. De todas formas, no se preocupe, señorita Simms.

Clara le tendió una mano.

—Celebro haberle encontrado, abogado —dijo—. La verdad es que ha sido una coincidencia extraordinaria. No sabía a quién acudir, busqué en la guía telefónica...

—Y dio conmigo —rió Mott—. ¿Quién dijo que el mundo era un pañuelo?

Ella sonrió agradablemente. Luego dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. Desde el umbral, Mott la contempló mientras cruzaba el sendero de losas irregulares que conducía hasta la acera.

Entonces, enormemente sorprendido, se dio cuenta de que el coche que aguardaba era un Rolls Royce con chófer incluido. El conductor, al ver salir a Clara, saltó apresuradamente de su puesto y abrió la portezuela con respetuosos ademanes.

Las sorpresas no habían cesado aquella mañana para Mott. El conductor, que apareció de inmediato, era una mujer. Tan alta o más que Clara, era mucho más corpulenta y la rebasaba por lo menos en cuarenta kilos. La piel era oscura, aunque no demasiado. Tal vez sólo tenía un cuarto de sangre negra, calculó.

Era lo nunca visto. Una enfermera que iba a su trabajo en «Rolls», con chófer... femenino, porque según se apreciaba externamente, era una mujer que vestía chaqueta y pantalones como un hombre.

Y también vio algo más: una abundante cabellera crespa, muy rizada, que ya había divisado la noche anterior.

—Vaya puños que tiene esa conductora —murmuró.

El automóvil desapareció de su vista a los pocos instantes. Luego, Mott regresó a su gabinete, recordando que tenía unos documentos que estudiar, para cuando llegase el momento de defender los derechos de su cliente ante un tribunal de justicia.

CAPÍTULO II

Mott conocía a un periodista, del que sabía estaba enterado de muchas cosas que ordinariamente no se publicaban en los diarios. Sabía también dónde encontrarlo y, al atardecer, encaminó sus pasos hacia el lugar donde Turpin Smithers solía tomarse unos tragos, además de recoger informaciones que luego utilizaba o no, según le conviniera para su trabajo.

Cuando llegó, Smithers estaba hablando con una rubia de impresionantes senos, cara de muñeca y ademanes dengosos. Mott sonrió porque sabía que al periodista le gustaban las mujeres abundantes en carnes, y esperó discretamente a que su amigo terminase de hablar con la rubia.

Smithers le vio y agitó la mano en señal de saludo.

—¡Ven, picapleitos! —llamó—. Tómame un trago conmigo... —Se volvió hacia la rubia—: Saldré del diario a la madrugada, muñeca —le dijo.

—La llave estará debajo del felpudo —contestó ella, y se alejó con gran contoneo de sus poderosas caderas.

—Una mujer de todas prendas —comentó Smithers, sonriendo—. ¿Qué quieres beber, abogado? Pero tienes que pagar tú, porque apostaré doble contra sencillo a que vienes en busca de información.

—Eres un tipo listo, periodista. Toma lo que quieras, yo me conformo con una taza de café.

—Tú eres un hombre morigerado —rió Smithers—. Llegarás a viejo con abundante cabellera blanca y barba patriarcal; sí y morirás centenario, rodeado de bandadas de descendientes.

—Todavía soy soltero. Turp —advirtió el joven, aplicando a su amigo el diminutivo que usaba corrientemente, por supresión de las dos últimas letras—. Pero no desespero de casarme algún día.

—También se pueden tener hijos sin necesidad de papeleo En fin, ¿qué diablos quieres?

Mott hizo el pedido al mozo de la barra y sacó cigarrillos.

—Hay una heredera a la que otra ha puesto pleito. El objeto de la disputa es una casa situada en South Green Hill, más cierta suma de dinero, todo ello procede del testamento de Clark Van Hoffen. ¿Qué sabes sobre el particular?

Los ojos del periodista se achicaron.

—De modo que era eso, ¿eh? Un caso muy interesante, abogado —contestó.

—Turpin, deduzco que sabes algo. ¿Por qué no me lo cuentas?

—Está bien. La casa de South Green Hill era casino y prostíbulo, todo en una pieza. Pero de altos vuelos, nada de gente de medio pelo, como nosotros. Allí iban tipos que empleaban los billetes de mil como tú y yo utilizamos los de dos dólares.

Mott silbó.

—Debían de ser gente de mucha «pasta» —comentó.

—Gente situada en puestos muy elevados y con el dinero saliéndoseles por las orejas —añadió el periodista—. Allí no se utilizan fichas para nada; sólo billetes, insisto.

—Se jugaba...

—En general, póquer. Un par de mesas, tres, según la afluencia de clientes, que nunca pasaban de doce, quince en ocasiones excepcionales. Van Hoffen, naturalmente dirigía el negocio.

—No había *croupiers* —observó Mott.

—No. Eran partidas privadas, como las que organizamos a veces algunos amigos, en la casa de uno cualquiera de nosotros. Pero las apuestas, como te puedes imaginar, eran muy elevadas. A veces, cambiaban de manos sumas de hasta cincuenta mil y más dólares.

—No eran mendigos, precisamente. Pero antes mencionaste algo más. Turp. Smithers vació su vaso y lo tendió al barman para que se lo llenase.

—Chicas —dijo. Chicas preciosas, guapísimas, pero prostitutas, al fin y al cabo. El precio de los encantos de una mujer no altera el calificativo. Tan zorra es la que cobra mil dólares por la noche como la que se conforma con veinticinco o cincuenta.

—La golfa cara viste pieles y tiene joyas de valor.

—Exacto. Y aquellas chicas cobraban, probablemente, dos mil dólares por sesión. Además, entablaban conocimientos que les permitía seguir con su negocio fuera de la casa de Van Hoffen. Más ganancias, claro. Allí, en South Green Hill, figuraban oficialmente como azafatas.

—Pero ¿residían allí?

—No. Acudían solamente los días de reunión y se marchaban al siguiente. Los clientes, lógicamente, se iban antes, para evitar ser vistos.

—Comprendo. Se jugaba y se disfrutaba...

—Pero todo de forma muy discreta. Jamás hubo escándalos ni asuntos de drogas, ni mucho menos orgías colectivas de sexo. Algunos parece que lo pidieron, pero Van Hoffen se negó siempre rotundamente, ni siquiera por un buen precio. Esas cosas acaban siempre en escándalo, tarde o temprano, y a Van Hoffen se le hubiera acabado el negocio.

—Lógicamente —convino Mott—, Turp, no te voy a preguntar nombres, porque no me interesa y, además, no tendré que citarlos ante el tribunal. ¿Cómo acabó la cosa? ¿Qué me puedes contar sobre el caso?

—Bien. Van Hoffen, un buen día, sufrió un ataque al corazón, bastante grave, y fue al hospital. Allí no le dieron buenas noticias, ciertamente. Estuvo algunas semanas y, finalmente, regresó a su casa, acompañado por la enfermera que le había cuidado durante su estancia en el hospital. Van Hoffen sobrevivió casi un año y ella, más que enfermera, fue su ama de llaves.

—Agradecido, la hizo figurar en el testamento. ¿Continúa con las diversiones después de salir del hospital?

—No. Van Hoffen había clausurado ya el negocio. No estaba para pasarse las noches cuidando de la clientela. En los últimos meses, apenas si podía caminar. Fue algo terrible, créeme.

—Lastimoso —dijo Mott—. Debió de ganar mucho dinero, ¿verdad?

—Bueno, antes tuvo otros negocios más bien turbios, pero muy agitados y se dedicó a este otro, mucho más tranquilo y, sobre todo, de gran rentabilidad.

—¿Cuánto? ¿Podrías darme una cifra aproximada?

Smithers hizo un gesto ambiguo.

—Los servicios de las «azafatas» y las bebidas eran gratuitos —respondió—. Pero el ticket de entrada, teórico, claro, ya costaba dos mil. Si acudían doce clientes, era veinticuatro mil por noche, más el diez por ciento de lo que se jugaba en cada mesa.

—Unos diez mil dólares más.

—Veinte mil y me quedo corto, si sólo había dos mesas. Multiplica por cuatro semanas y sabrás lo que ganaba Van Hoffen.

—Oye, doce «azafatas» cobrarían lo suyo...

—Mil dólares, pero el cliente, agradecido, siempre añadía una buena propina.

—Estás muy bien enterado —sonrió Mott.

—Una vez quise hacer un reportaje, pero me aconsejaron que olvidase el asunto. Irving —declaró el periodista, ceñudamente.

—Se comprende, claro. Bueno, luego me enteré que a Van Hoffen le salió una hija que había tenido sin necesidad de matrimonio, aunque acabó por reconocerla como legítima...

Smithers consultó su reloj.

—Ya no puedo continuar —manifestó—. De todos modos, habla con la hija.

—No sé dónde vive —alegó Mott.

—Trabaja en el Flyng Horse, bajo el apellido de Klenn. El nombre es Ursula y... Avísame cuando tengas que actuar en el tribunal —se despidió el periodista apresuradamente, no sin echarse al colete el que Mott calculó no sería el último trago de la noche.

—Acabará con una úlcera del tamaño de la isla de Manhattan —se dijo Mott, mientras abonaba el importe de las consumiciones.

* * *

El caballo, de líneas de neón, despegaba del suelo y echaba a volar con sus alas, a todo lo largo de la fachada del local. Después, regresaba al punto de partida y repetía el vuelo, agitando las alas, merced a la combinación de los tubos luminosos. El nombre de Flyng Horse, era por tanto, enteramente merecido, pensó Mott al ver la fachada del local, por donde había pasado de largo más de una vez, sin habersele ocurrido entrar nunca a contemplar el espectáculo.

Ursula Van Hoffen, anunciada como Klenn, realizaba un número con infinidad de plumas y muy poca tela, que parecía agradar bastante al público. Cantaba y bailaba aunque no demasiado bien, estimó el abogado; pero tenía una figura escultural y poseía una simpatía que atraía especialmente a los clientes de Flyng Horse.

Mott se entretuvo en ver todo el número. Unos dólares bien empleados le abrieron la ruta hacia el camerino de la artista. Ursula llegó poco después, jadeante y con brillo de sudor en muchas partes de su cuerpo. Sin mirar al joven, dijo situándose detrás de un biombo:

—Si viene buscando lo que imagino, pierde el tiempo, hermano. No me vendo por un puñado de dólares, ni tampoco por joyas o excursiones de una semana en un yate de lujo. Hago las cosas por simpatía y no por interés. ¿Ha comprendido?

—Por eso ha impugnado el testamento de su padre, señorita Van Hoffen, —contestó el abogado, sin impresionarse por el hosco recibimiento de la artista.

Ursula, enormemente sorprendida, le miró por encima del biombo un instante. Terminó de quitarse el atavío de escenario y alargó una mano.

—He olvidado la bata —manifestó.

Estaba encima de una silla. Mott se la entregó y aguardó a que ella saliera del biombo.

—¿Quién es usted? —Preguntó a los pocos instantes, mientras se anudaba el cinturón—. ¿Por qué está aquí?

—Me llamo Irving Mott y la señorita Simms me ha contratado como su abogado, para que la defienda ante el tribunal cuando llegue la hora de atender a la demanda que usted ha presentado contra ella —respondió el visitante.

—Ah, usted es su abogado...

—Tengo toda la documentación, pero se me ocurrió que resultaría útil cambiar impresiones con la demandante, usted, en este caso.

Ursula fue a una mesa donde había botellas y vasos, y destapó una.

—¿Qué quiere beber? —invitó.

—Nada, gracias.

—¿Abstemio?

—No es mi hora.

—Comprendo. Abogado, sepa que cierta parte del testamento de mi padre no me gustó nada. Por eso lo quiero todo, ¿comprende?

—Los derechos de mi cliente son incuestionables.

—A menos que yo pruebe que engatusó a mi padre para que la mencionara en el testamento. Y no fue una miseria, precisamente, lo que le dejó: la casa de South Green Hill, ciento cincuenta mil dólares en bonos y acciones diversas y el «Rolls». ¿Qué le parece?

—Una bonita herencia, pero, según mis estudios, perfectamente legal.

—Ella se había adueñado de su voluntad, en las últimas semanas de su vida. El testamento sufrió las modificaciones aludidas en favor de su cliente.

—Señorita Van Hoffen, ¿cómo piensa probar que mi cliente «sugestionó» a su padre, hasta el extremo de conseguir que alterase el testamento en beneficio propio?

—Eso ya lo sabrá usted cuando se celebre el juicio —replicó la artista secamente.

—¿Es usted abogada?

—No, pero estoy bien asesorada, señor Mott.

—Tengo entendido que su parte de herencia es muy superior a la de mi cliente.

—Eso no tiene nada que ver en absoluto. Aunque sólo le hubiera dejado cien dólares, también impugnaría el testamento.

Mott frunció el ceño. La insistencia de Ursula no le parecía lógica, aunque estimó que ya no conseguiría mucho más. «Al menos por esta noche», pensó.

—¿Puedo hacerle una última pregunta? —solicitó.

—Claro, abogado, todas las que quiera —sonrió Ursula.

—Si su padre le dejó tanto dinero, ¿por qué trabaja aquí?

La sonrisa de Ursula se acentuó.

—El Flyng Horse era de mi padre y figuraba a mi favor en el testamento. Yo ya trabajaba aquí, ¿me comprende?

—Por lo visto, las relaciones con su padre no eran demasiado afectuosas —comentó el joven.

Ursula hizo una mueca.

—Ahora nado en la abundancia, como suele decirse. Hubo una época en que, si quería comer, tenía que... vender mi cuerpo, como suele decirse. Él podía haberme ayudado, pero no lo hizo, hasta que fue demasiado tarde, cuando yo ya me había abierto camino en esta puerca vida.

—Lo siento, señorita Van Hoffen.

—No lo lamente. Yo ya he olvidado los malos tiempos sólo que quiero lo que me pertenece, como una especie de compensación por todo lo que he pasado.

El alguna parte, sonó un timbre.

—Tengo que volver a actuar —añadió la artista.

La puerta se abrió en aquel momento. Un hombre entró y se quedó sorprendido al ver a Ursula con un visitante.

—Pasa. Ed —invitó ella—. El señor Mott se iba ya. Es abogado de la enfermera de mi padre, ¿sabes?

Las cejas del recién llegado se alzaron. Era un hombre alto, guapo, bien vestido, sumamente atractivo, pero con cierto aire autoritario que desagradó a Mott de inmediato.

—Abogado, le presento a Ed Sharkey, un buen amigo mío —dijo Ursula. Sharkey hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Encantado —manifestó fríamente.

—Ha sido un placer —se despidió el visitante.

El interés de Ursula por South Green Hill le parecía desmesurado. Además se notaba en ella algo de despecho, un cierto rencor hacia Clara, y se preguntó los

motivos, aunque no encontró ninguna respuesta que le satisficiera por el momento.

Tendría que interrogar a Clara, aunque lo dejó para otro día. Salió del local y se encaminó al lugar donde había estacionado su coche. Cuando insertaba la llave en su cerradura, sintió en los riñones el contacto de algo duro, a la vez que percibía una voz bronca, que le hablaba en tonos nada amistosos:

—Abogado, no haga el menor movimiento. Tiene una pistola apoyada en la espalda y puede dispararse si desobedece mis órdenes, ¿me ha comprendido?

Mott, aunque sorprendido, procuró mantener la serenidad.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —inquirió.

—Va a venir conmigo, aunque no en su coche. Y. tranquilo: si se porta bien, no le pasará nada. Vamos, acompáñeme y no haga preguntas, porque no obtendrá respuestas.

—Entendido —suspiró el joven, completamente desconcertado por la intervención de un sujeto que le resultaba tan desconocido como sus propósitos.

CAPÍTULO III

El viaje duró unos veinte minutos, al término del cual, Mott se encontró en una lujosa residencia, situada en las afueras de la ciudad, de la cual apenas si pudo apreciar detalles, ya que sólo había encendida una pequeña lámpara en la entrada. Había un enorme jardín alrededor del edificio, pero estaba completamente a oscuras y le fue imposible captar el menor detalle.

Mott fue introducido en la casa, donde no había apenas iluminación, y llegó a un elegante despacho, muy bien alumbrado, en el que vio a un hombre y a una mujer, él sentado y ella en pie a su lado.

La mujer era joven, aunque ya estaba cerca de los treinta años. Tenía el cabello rojizo y poseía una figura con numerosos atractivos.

El hombre era grueso, con doble papada y carecía casi de pelo en la cabeza. Mott le vio fumando un cigarro: en su mano se apreciaban dos sortijas, con sendos brillantes de gran precio.

—Soy Casper Thormond —se presentó el sujeto—. Fanny, hija, déjanos solos, ¿quieres?

—Sí, papaíto —contestó la pelirroja, en tono de burla que resultó sorprendente para Mott—. Lo que tú digas, papaíto —repitió.

Thormond le dio una palmada en el trasero y se echó a reír.

—Discúlpela, abogado. Fanny es muy aficionada a las bromas. ¿Quiere tomar algo, señor Mott?

El joven hizo un gesto de fatiga.

—Estoy pasándome la noche, diciendo que no a las invitaciones que me formulan constantemente. No soy abstemio, pero en estos momentos no siento deseos de beber... sino de saber por qué me han traído aquí bajo amenazas.

—Apostaría algo a que le estaban vigilando —dijo Thormond, sorprendentemente—. Preferí idear la comedia, a fin de que no le ocurra luego nada perjudicial.

—¿A mí? ¿Por qué habría de ocurrirme nada malo? Soy un abogado vulgar, no tengo enemigos...

—Ha aceptado un caso que le va a traer más enemigos de lo que se imagina —manifestó el dueño de la casa—. Pero puede evitarse muchos contratiempos, si consiente en ayudarme.

—¿Ayudarle? ¿Para qué?

Thormond sacudió la ceniza de su cigarrillo con ademán displicente.

—Usted va a representar a Clara Simms ante un tribunal. Ella es la dueña ahora de cierta casa, que me interesa enormemente. Hable con su cliente y, ofrézcale en mi nombre un cuarto de millón por su propiedad. Si consigue que ella venda, usted recibirá como honorarios profesionales la décima parte de esa suma.

—Veinticinco mil —concretó Mott.

—Exactamente. Tengo los cheques y los documentos preparados. Sólo faltan las

fechas y las firmas. En cuanto convenza a su cliente, haremos el trato.

—No sé si ella querrá vender, aunque más bien me siento inclinado a recibir una negativa...

—Eso es porque todavía no ha recibido una oferta atractiva. Hable con su cliente —insistió Thormond.

—Muy bien, pero antes me permitirá hacerle una advertencia.

—Todo lo que guste, abogado. Hable sin temor.

—Quizá mi cliente acceda a vender, pero ¿sabe usted que hay un pleito entablado y que, si lo perdiese, se quedaría usted sin la casa?

—Conozco el problema, pero deje que lo resuelva a mi manera. Usted ocúpese de persuadir a la enfermera para que venda. El resto, corre de mi cuenta. ¿Entendido?

Mott se encogió de hombros.

—Hablaré con ella mañana —indicó.

—Al salir, le facilitarán un par de números de teléfono, para que me llame a cualquier hora —dijo Thormond—. No lo olvide: sus honorarios son veinticinco mil dólares. Una suma apreciable, estimo.

—Muy apreciable, en efecto.

Thormond tocó el timbre. Un hombre entró a los pocos instantes.

—Ewen, acompaña al abogado hasta su coche —ordenó.

—Sí, señor.

—Se quedó en el estacionamiento... —empezó a decir Mott.

—Otro de mis hombres lo trajo hasta aquí —sonrió Thormond.

Mott hizo un gesto de aquiescencia y abandonó el despacho. Al salir, vio a la pelirroja, que apoyaba la mano en una consola. En la otra sostenía con aire negligente un cigarrillo, pero lo tenía apagado.

—¿Tiene fuego, abogado? —pidió, desdeñosamente.

Mott buscó su encendedor. Ella sonrió mientras prendía el cigarrillo. Pero, sin quitárselo de los labios, murmuró en voz baja:

—Le llamaré mañana por teléfono. Tengo algo muy interesante que contarle.

La pelirroja aspiró el humo y luego arrojó una bocanada al rostro de Mott, que no había hecho el menor gesto al oír aquellas palabras. El hombre esperaba, con expresión impenetrable, sin denotar impaciencia en absoluto.

Acompañado por Ewen, cruzó el jardín, salió del recinto y llegó a su coche, situado a poca distancia. Ewen había quedado en el umbral, y Mott se dispuso a abrir la portezuela.

—Abogado —dijo una voz cavernosa—, voy a viajar con usted. Iremos a...

El desconocido no pudo seguir hablando. Alguien le atacó por detrás y le asestó un terrible golpe en la cabeza, derribándolo en el acto.

Mott saltó a un lado. Ewen acudió a la carrera, al oír el ruido de la breve lucha.

—¿Qué ha sucedido. Rio? —preguntó.

—No te preocupes. Había un tipo esperando al abogado, pero lo he quitado de en

medio de un buen porrazo —contestó otro sujeto.

Mott se sentía pasmado, porque no comprendía nada de lo que estaba sucediendo. Ewen se le acercó y lo agarró por un brazo.

—Ande, vuélvase a su casa y no se preocupe de más —dijo.

Mott tragó saliva, luego señaló al caído, que no se movía en absoluto.

—Pero ese hombre...

—Nosotros nos ocuparemos de él.

El joven asintió. Lo mejor era desaparecer de aquel lugar cuanto antes, se dijo.

Arrancó a los pocos segundos y no quiso mirar hacia atrás. Cuando se hubo serenado, pensó en la extraña entrevista sostenida con Thormond.

Ursula Van Hoffen quería la casa de South Green Hill. Thormond deseaba también comprar la casa. ¿Qué había allí tan interesante para dos personas diametralmente distintas?

De pronto, se le ocurrió una idea.

Clara quería la residencia para vivir. Los otros, cada uno por su lado, debían tener la intención de continuar el negocio del difunto Van Hoffen.

—Era muy rentable, no cabe duda —fue la conclusión a que llegó momentos más tarde.

* * *

Por la mañana llamó a South Green Hill. Una voz de dulzones acentos respondió a los pocos instantes:

—Lo siento, la señorita Clara no está en casa. Volverá a las tres, señor... ¿Quién le digo ha llamado?

—Mott, su abogado.

—Ah, señor Mott, la señorita está en el hospital, trabajando.

—Comprendo. Usted es...

—Hettie Strong, su sirvienta. Descuide, le daré el recado apenas regrese. A menos que sea muy urgente y prefiera llamarla al hospital.

—No, iré a verla personalmente. Gracias, señora...

Mott oyó una risita.

—Hettie, señor, Hettie a secas —dijo la sirvienta.

—Gracias, pues, Hettie.

—De nada, señor. Ha sido un placer escucharle.

Mott colgó el teléfono. Hizo una mueca. «Clara tiene una gran vocación por cuidar a los enfermos», pensó.

Hacia las diez de la mañana, recibió otra llamada telefónica:

—Stonewall, dos mil cuatrocientos sesenta y dos —oyó Mott.

—Conozco la calle, pero no el nombre —objetó el joven, que había adivinado la identidad de la mujer que le indicaba aquella dirección—. Me refiero al nombre

completo, claro —agregó.

—Fanny Berton —manifestó la pelirroja.

—O. K., Fanny.

Mott colgó el teléfono y fue a vestirse. Media hora más tarde llamaba a la puerta de un apartamento situado en una zona discreta de la ciudad, aunque se apreciaba que la gente poseía un buen nivel de vida.

Ella le abrió a los pocos momentos. Vestía un peinador negro, casi completamente transparente, y debajo sólo llevaba las prendas mínimas, con un ligüero que sujetaba las medias también negras.

—Pasa, abogado —dijo Fanny, con la sonrisa en los labios.

—Creí que vivías con «papaíto» —sonrió Mott.

—También salgo para ir a la peluquería y al salón de belleza, por ejemplo. Tengo este apartamento desde hace años y pago la renta puntualmente. ¿Te apetece algo líquido?

—Café, gracias.

—Ven a la cocina. Podemos charlar mientras lo hago.

Fanny echó a andar delante del joven. Movía mucho las caderas. ¿Le estaba provocando?

—Thormond quiere la casa de South Green Hill —declaró Fanny, una vez hubo puesto la cafetera al fuego—. Te lo dije anoche.

—¿Lo sabías?

—Le escuché comentarios con sus hombres de confianza, Ewen MacTrye y Rio Purdock.

—¿Por qué tiene tanto interés en esa casa?

Fanny entornó los ojos.

—Yo he oído rumores, pero muy vagos, por lo que no puedo repetirlos —contestó—. En cambio, puedo indicarte quien sí, seguramente, sabe mucho más que yo acerca de esa casa.

—No será la dueña, supongo —sonrió Mott.

—Claro que no. Se llama Ruth Egan y es... era, mejor dicho, una «veterana» de South Green Hill. «Ingresó» allí prácticamente desde su fundación y de eso hace ya un puñado de años. Lo que ella no sepa, no lo sabe nadie.

—¿Me lo dirá?

Fanny se encogió de hombros.

—Eso ya depende de tu habilidad en conseguir que hable. O del dinero que puedas pagarle por sus informes.

—¿Cuánto debo pagarte a ti, Fanny?

Ella sonrió y se volvió luego para servir el café.

—Me gustas —dijo simplemente.

—A veces, un hombre hace un favor a una mujer para disfrutar de sus encantos. ¿Debo pensar que ahora sucede lo mismo, sólo que a la inversa?

Fanny se encogió de hombros.

—Tómalo como quieras —respondió.

—Y si no es así, no me dirás dónde vive Ruth Egan.

—Hombre, tampoco hay como para tomárselo a pecho. Si no quieres... Bien, otro día será.

—O no será —rió Mott.

—La decisión está en tus manos, abogado.

—De acuerdo, pero antes, dime, ¿no temes que «papaíto» se enfade si llega a enterarse de...?

—No soy de su propiedad —contestó Fanny.

—Pero vives con él.

—Tengo libertad para...

—Fanny, ¿acaso Thormond quiere South Green Hill para montar de nuevo el negocio de Van Hoffen?

—Es muy posible, Irving.

—¿Trabajaste allí como «azafata»?

—Sólo fui un par de veces. Luego, Van Hoffen enfermó y se me acabó el negocio.

—¿Lo lamentaste?

Fanny se encogió de hombros.

—No sé hacer otra cosa —declaró.

Mott dejó su taza vacía encima de la mesa.

—Fanny, eres una chica estupenda, y resultas terriblemente atractiva. Nunca he rechazado una aventura, pero también me gusta hacer las cosas en determinadas circunstancias. Ahora falta... el ambiente y yo me siento tan frío como un témpano de hielo. Tú me comprendes, ¿verdad?

Fanny hizo un gesto de asentimiento.

—No te preocupes, Irving —contestó.

—Iré a hablar con Ruth ahora mismo —manifestó él—. Dame su dirección, por favor.

Momentos después se dispuso a abandonar el apartamento. Desde la puerta, se volvió hacia la pelirroja.

—Fanny, ¿por qué haces esto? —preguntó.

—Algún día te lo explicaré. Saluda a Ruth de mi parte —indicó la pelirroja.

—Adiós —se despidió el joven.

Fanny le pareció una mujer un tanto enigmática, pese a su aspecto de muñeca de lujo. Cuando entró en el coche, se propuso, hablaría primero con Ruth.

Luego solicitaría una entrevista con el abogado de Ursula Van Hoffen. Era algo imprescindible que no podía omitir.

La casa donde vivía Ruth Egan estaba situada a una distancia relativamente breve, que cubrió en menos de diez minutos. Al llegar a las inmediaciones empezó a buscar

el hueco donde poder estacionar su automóvil.

Cuando cerraba el contacto, vio una atractiva mujer que salía de la casa a la que se dirigía. Debía de tener unos treinta y cinco años y vestía con notable elegancia. Recordando lo que le había dicho Fanny acerca de la «veteranía» de su amiga, creyó adivinar en el acto su identidad.

En el mismo instante, un hombre se acercó a Ruth Egan. Ella volvió la cabeza.

Inmediatamente, apareció en su rostro una expresión de alarma. Su brazo derecho se alzó instintivamente en un gesto de defensa, pero ya era tarde. El hombre, a dos pasos de distancia, disparó un pequeño revólver cuatro veces, con gran rapidez.

La gente que pasaba por la acera se dispersó en el acto, espantada por las detonaciones que, pese a todo, no habían sonado demasiado fuertes. Ruth se tambaleó un poco, giró luego hacia su izquierda y acabó derrumbándose al suelo de bruces.

El asesino, sin mostrar excesiva prisa, giró en redondo y se metió en un coche que aguardaba con el motor en marcha y que arrancó en el acto, a toda velocidad. Aunque sorprendido, Mott procuró fijarse en la matrícula del vehículo.

También había captado detalles del asesino. Pero ya no podría hablar con Ruth Egan.

Alguien había juzgado conveniente acallarla para siempre. ¿Qué sabía la infortunada mujer?

Tendría que averiguarlo por sí mismo, aunque no se le ocurría en aquel momento ninguna idea medianamente satisfactoria, reconoció con no poco enojo.

CAPÍTULO IV

Una secretaria, de aspecto pulcro y eficiente, introdujo a Mott en un despacho sobriamente amueblado, pero donde se respiraba el lujo por todas partes. El hombre que trabajaba en aquella estancia se puso en pie al verle, y le tendió la mano.

—Siéntese, colega —dijo Lars Pawker, sonriendo afablemente—. Aunque somos adversarios en cierta cuestión, no por ello debemos dar de lado a la cortesía.

—Estoy de acuerdo con usted —contestó el joven—. Y celebro conocerle. He oído su nombre en numerosas ocasiones y conozco la fama de que disfruta en los ambientes forenses, muy merecida, por cierto.

—Gracias, pero muchas de las cosas que han dicho de mí son exageraciones de reporteros ávidos de hacerse notar a mi costa... y de vender ejemplares de su periódico. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—Allí veo una cafetera enchufada, señor Pawker —indicó Mott.

Pawker volvió a levantarse. Era un hombre alto, corpulento, pero su aspecto físico se debía más bien a la buena vida y a los años que a la naturaleza. La asistencia frecuente a los baños de vapor y los masajes no conseguía rebajar el grosor de su cintura.

Después de tomar el café, Pawker entrelazó los dedos de las manos y apoyó los codos sobre la mesa.

—¿Y bien? ¿Qué desea de mi, colega?

—La señorita Simms me ha encargado de la defensa de sus intereses, diametralmente opuestos, según parece, a los de Ursula Van Hoffen. Usted se encarga de la defensa de ésta, tengo entendido.

Pawker asintió.

—Es cierto. Ella me lo pidió y yo he redactado los documentos de impugnación.

—¿Puedo conocer en base a qué argumentos piensan impugnar el testamento de Van Hoffen?

—Es muy sencillo. Alegaremos que Clara Simms influyó maliciosamente en el difunto, a fin de que la incluyera en su testamento.

—No se puede probar...

—Se puede probar y lo probaremos —aseguró Pawker, con gran énfasis.

—Me gustaría saber cómo, señor Pawker.

—Perdone, pero no voy a enseñar ahora todas mis cartas. Ya lo sabrá cuando nos enfrentemos en el tribunal. Sólo de forma legal, claro; después, como ahora, podemos seguir siendo amigos.

—Oh, por supuesto —contestó el joven, con aparente benevolencia—. De modo que están en condiciones de probar que mi cliente obró maliciosamente para conseguir que Van Hoffen la mencionara en su testamento.

—Exacto.

—Hay algo que no entiendo muy bien, y disculpe mi insistencia. Ursula Van

Hoffen heredó, si mal no recuerdo, los bloques de apartamentos, un yate, alrededor de tres cuartos de millón de dólares y un local de diversión, muy acreditado y que le rinde grandes beneficios. ¿Cómo es posible que quiera pleitear por algo que vale escasamente la vigésima parte de lo heredado?

—Es muy simple, colega —respondió Pawker—. En primer lugar, los bloques de apartamentos han sido declarados ruinosos y van a ser demolidos.

—Quedan los solares...

—Han sido declarados incursos en el proyecto de ampliación de un parque vecino. Mi cliente recibirá una mísera indemnización y no puede reclamar contra ese acuerdo municipal. El yate fue vendido y era ya muy antiguo, de modo que el precio recibido no fue tan alto como se esperaba.

—Aún tiene tres cuartos de millón y el Flyng Horse.

—Cierto —admitió Pawker—. Pero ella quiere la casa de South Green Hill. Ahora bien, anoche me llamó y me comunicó que, graciosamente, deja de hacer reclamación alguna sobre la suma que su padre dejó a la señorita Simms. Sin embargo, no cede en absoluto en su demanda de que se le atribuya la propiedad de la casa.

—¿Por qué tiene tanto empeño en conseguirlo? —preguntó Mott.

Pawker hizo un gesto ambiguo.

—Mi cliente no ha querido comunicármelo, y yo no puedo obligarle a que lo haga.

—Un abogado, se dice, es como un confesor.

—Cierto, pero si el penitente no dice todos sus pecados, el confesor los ignorará, ¿no cree?

Mott sonrió.

—Evidentemente. —Se puso en pie—. He tenido un gran placer en conocerle y, si me lo permite, le desearé la derrota ante el tribunal.

Pawker se echó a reír.

—Los deseos son recíprocos, aunque confío en que, acabado el juicio, podamos tomarnos una copa juntos, sin rencor.

—Por supuesto.

Mott abandonó el bufete de Pawker en un estado de ánimo poco optimista. Había visto asesinar a una mujer a pocos pasos de distancia y las declaraciones de Pawker acerca de la seguridad de obtener una sentencia favorable no contribuían en nada a mejorar su espíritu.

Consultó la hora. Suspirando, volvió al coche y emprendió el camino de South Green Hill.

* * *

La tapia era enorme y tenía una puerta de metal, que hubiera estado mejor en un

banco, pensó Mott, mientras aguardaba a que alguien hiciera funcionar el mecanismo de apertura en la casa que no podía ver desde aquel lugar.

La puerta se deslizó al fin y Mott entró con el coche. Hettie aguardaba en el gran porche de estilo colonial, junto a dos perros que sostenía atraillados.

—Son más mansos de lo que parece, pero no conviene descuidarse —explicó la voluminosa sirvienta—. Aunque eso sí, resultan fieros como leones salvajes.

—Comprendo. Ella está en casa, supongo.

El pulgar de Hettie señaló hacia la puerta, abierta de par en par.

—En el primer piso. Está haciendo... bueno, no sé qué —respondió—. Suba usted mismo. Luego les serviré el té. ¿O prefiere café?

—A su gusto, Hettie.

Mott entró en la casa. El vestíbulo era enorme, lujosamente decorado, con una colosal araña pendiente del techo. La escalera, en amplia curva, tenía una artística balaustrada de hierro forjado, pintada en blanco y oro. Las puertas de las habitaciones que daban al vestíbulo aparecían cerradas.

Era una mansión muy elegante, reconoció Mott, aunque también pensó en su mantenimiento y se estremeció al calcular lo que debía costar. Allí, se dijo, habían tenido lugar partidas donde se jugaban enormes sumas. Los perdidosos pudieron consolarse, pero también los gananciosos lo celebraron.

«Y de qué modo», rió mentalmente, mientras ascendía al primer piso. Clara oyó sus pasos y asomó por la puerta.

—Hola —saludó, cortés—. ¿Qué le trae por mi casa?

—Deseo hablar con usted, pero, si interrumpo...

—En absoluto. Podemos hacerlo mientras trabajo. Estoy limpiando esta habitación, para trasladar aquí mi dormitorio.

Clara aparecía vestida con una blusa de manga corta, pantalones, y llevaba un pañuelo anudado a la cabeza para protegerse los cabellos. Mott entró en la habitación señalada y se sorprendió enormemente al verla vacía.

—No hay nada...

—La casa está completamente vacía. Van Hoffen ordenó que se vendieran los muebles del primero y segundo piso —explicó Clara.

—¿Por qué? —Se sorprendió Mott.

Ella le dirigió una penetrante mirada.

—¿Acaso no sabe la verdad? —dijo.

Mott bajó la vista un instante.

—Estuve hablando con un periodista amigo mio, quien me contó lo que pasaba aquí, antes de que el dueño se pusiera enfermo.

—Entonces, no es necesario que diga más. Van Hoffen ya no quería continuar el negocio, lógicamente. Pensaba decorar la casa de modo distinto, pero sólo eran ilusiones suyas.

—Comprendo.

—Esta habitación es la que más me gusta. Tiene unas vistas excepcionales, y pienso trasladarme aquí en cuanto me sea posible.

—Suponiendo que no tenga que abandonar la propiedad —insinuó Mott.

—¿Ya se considera derrotado antes de actuar en el tribunal? —preguntó ella, irónicamente.

—He hablado con Ursula Van Hoffen y con su abogado Sostienen la teoría de que usted «sugestionó» al paciente para conseguir que la mencionara en el testamento.

—¡Eso es falso! —protestó ella con energía.

—Le transmito lo que me han comunicado —respondió Mott—. Aún más, dicen que tienen las suficientes pruebas para demostrarlo en el tribunal y conseguir la anulación de testamento en lo que a usted se refiere.

—No lo conseguirán...

—Esperémoslo. De todos modos, el abogado de Ursula; me ha hecho saber que ella desiste de la demanda en lo referente a la suma legada por el testador.

—Muy generosa por su parte —comentó Clara irónicamente—. ¿Hay algo más, señor Mott?

—No lo he dicho todo aún —manifestó el joven—. Anoche me hicieron una propuesta de compra de la propiedad. Ofrecen un cuarto de millón.

—¿Qué? Esto vale casi el triple...

—Lo siento. Repito lo que me dijeron.

Mott no quiso mencionar la forma en que había viajado hasta el lugar donde le había sido formulada la oferta ni el intento de ataque que los esbirros de Thormond habían intervenido en su favor. Pero sí había algo que no quería dejar de mencionar.

—No venderé. Dígaselo así a la persona que quiere comprar —declaró ella tajantemente—. Además, aunque vendiera, si luego pierdo el pleito, me podrían acusar de estafa, ¿no?

—Antes de que eso sucediera el demandante presentaría un interdicto, prohibiendo toda operación sobre la propiedad.

—Bien, de todos modos, no pienso vender por nada del mundo, señor Mott.

—¿Puedo conocer los motivos de su negativa?

—No.

Hubo un instante de tenso silencio. Mott y Clara se contemplaban recíprocamente, con fijeza. Luego, él, con lentitud, advirtió:

—Usted ya sabe lo que ocurría aquí. Ayer estuve procurando conseguir informes. Hablé con cierta persona, quien me indicó, a su vez, otra que sí podía darme muchos detalles. Era una mujer que, según tengo entendido, perteneció al equipo «fundador» del negocio. La asesinaron cuando iba a hablar con ella.

Clara se estremeció vivamente.

—¿Está seguro?

—Vi cómo disparaban contra esa pobre mujer. Murió instantáneamente. ¿No ha leído el suceso en los periódicos?

—No he tenido tiempo. He estado demasiado ocupada... ¿Por qué la asesinaron?

—Eso es lo que me gustaría averiguar. Tal vez ella sabía cosas que alguien temía fuesen divulgadas, no puedo decirle más.

La voz de Hettie sonó en el vestíbulo.

—Tengo el café listo. ¿Lo subo o bajan, mi niña?

—¿Señor Mott? —consultó Clara.

El joven vio en aquel instante una escalera de mano, en la que se veía una cinta métrica parcialmente fuera de su alojamiento.

—Está tomando medidas para colocar los muebles —adivinó.

—No quiero cometer errores —sonrió ella—, ¿bajamos a tomar café? —insistió.

—Gracias, en otro momento. Ahora tengo que marcharme; he de ver a un amigo, del que espero me proporcione ciertos informes que estimo necesarios para evitar que prospere la demanda de Ursula Van Hoffen.

—A su gusto, señor Mott.

Descendieron al vestíbulo juntos. Hettie aguardaba junto a la puerta de una sala, que permanecía ligeramente abierta.

—El café está listo —repitió.

—Hettie, el señor Mott se marcha —dijo Clara.

—Lo siento —sonrió el joven.

Estaba ya en el umbral cuando, de pronto, se volvió hacia Clara.

—Tengo que preguntarle algo. ¿Quién más había en la casa, cuando le sobrevino la muerte a Van Hoffen?

—Tenía cocinera y una doncella, aparte de Hettie y yo misma —informó la muchacha—. Después, tuve que despedirlas; no podía pagarles sus sueldos.

—Comprendo. ¿Podrá darme sus nombres?

—Sí, pero ¿qué va a conseguir con eso? Ellas no saben nada...

—Al menos conoceré sus puntos de vista sobre el asunto. Y, créame, en ciertos casos, la servidumbre sabe más de lo que podemos sospechar.

CAPÍTULO V

Turpin Smithers hizo un gesto de desagrado después de leer los datos que Irving le había escrito en un papel.

—La matrícula es falsa —dictaminó de inmediato.

—¿Cómo lo sabes? —Se sorprendió Mott.

—Alguien más tomó esa matrícula. La Policía investigó inmediatamente.

—Comprendo. El asesino era un tipo de mediana estatura, rostro descolorido...

—Ah, sí. Keylie Kirran, o Boston Kid, como prefieras. Tiene una sólida coartada.

—Estás enterado de todo —se admiró Mott.

—Es mi oficio —dijo Smithers, socarronamente.

—Pero la coartada... Le vieron muchas personas...

—Los testigos de un crimen no son mucho de fiar. Kirran ha presentado otros de solvencia irreprochable.

—¿Conoces algún nombre?

—¿Por qué no? Ed Sharkey...

—¡Sharkey! —repitió Mott, atónito.

—¿De qué te sorprendes? —se extrañó el periodista.

Mott hizo un gesto con la cabeza.

—No tiene importancia. Continúa... Mejor dicho, es suficiente. Supongo que su abogado le sacaría inmediatamente del calabozo.

—Estuvo apenas dos horas. Lars Pawker es un águila para estos casos.

Mott se esforzó por disimular su asombro.

«Este caso es más interesante de lo que parece», pensó. Palmeó los hombros de su amigo.

—Gracias, Turp —dijo.

—No te metas con Boston Kid. Es un tipo muy peligroso.

Y tiene valedores de gran peso.

—Lo tendré en cuenta —se despidió el joven.

Al salir del bar, sacó su agenda y consultó unos datos. Clara le había dado los nombres y las direcciones de las dos sirvientas despedidas tras la muerte de Van Hoffen.

Hablaría primero con la cocinera, se propuso. Vivía más cerca y ello le ahorra esfuerzos.

Aparte que aquella misma noche quería hablar con Ursula Van Hoffen. Tenía que averiguar por qué su amigo Sharkey se había prestado a mentir en un asunto tan grave como el asesinato de Ruth Egan.

Cuando salía del bar, se le acercó una mujer, sosteniendo un cigarrillo con la mano izquierda.

—¿Tienes fuego, buen mozo?

Cortés, Mott se sacó el encendedor. Ella le echó el humo a los ojos y luego sonrió

profesionalmente.

—¿Por qué no te vienes a pasar un rato agradable conmigo? —propuso desenvueltamente.

—Lo siento. Tengo prisa...

—Fui «azafata» en South Green Hill —reveló la joven. Hubo un momento de silencio. Luego, Mott, obedeciendo a una súbita inspiración, preguntó:

—¿Vives muy lejos?

—A dos manzanas solamente —rió ella—. Mi nombre es Kathy Bournett.

—Celebro conocerte. Kathy —dijo Mott.

—El sentimiento es recíproco, abogado —contestó la joven.

* * *

Sentado en un cómodo diván. Mott saboreó el contenido del vaso que le había servido Kathy. Ella estaba ahora en el baño y Mott decidió ser paciente.

El encuentro con la joven había alterado sus planes. Pero habría tiempo para todo, se dijo.

Kathy volvió a los pocos minutos. Su frondosa cabellera negra quedaba suelta por encima de los hombros. Se había puesto una bata de tejido muy ligero, aunque no tanto como el del peinador de Fanny Benton. Sin embargo, se podía apreciar que era la única prenda que llevaba sobre un cuerpo de innegables atractivos.

—De modo que fuiste «azafata» en South Green Hill —recordó cuando ella se hubo sentado en el sillón situado frente al diván.

Kathy cruzó las piernas. La bata se abrió hasta más arriba de las rodillas.

—Estuve cerca de un año. Era un trabajo cómodo y, en medio de todo, limpio y productivo.

—Todo depende de los puntos de vista. Kathy.

—Ya conoces el mío. Además, me evitaba «trabajar» el resto de la semana. Había ocasiones en que conseguía hasta tres mil dólares.

—Comprendo.

—Yo no soy una profesional en el estricto sentido de la palabra. Ese dinero me sirvió para completar mis estudios. Voy a graduarme muy pronto. Entonces, conseguiré un puesto de maestra.

—Enseñanza...

—Sí —confirmó Kathy—, es lo que me gusta, pero pasé una mala época y tuve que agarrarme a ese oficio como a un clavo ardiendo. No lo he vuelto a ejercer desde que murió Van Hoffen.

—Lo celebro infinito. Ahora bien, hay algo que no entiendo. ¿Cómo me has localizado?

—Muy sencillo. Clara y yo somos buenas amigas. Ayer, cuando salió del hospital, almorzamos juntas. Me contó sus problemas y mencionó tu nombre.

—Pero no sabías que acudiría a ese bar...

Kathy sonrió maliciosamente.

—El hecho de que haya dejado el oficio no significa que me esté quieta. Tengo poderosos motivos para hacer investigaciones por mi cuenta.

—¿Sí?

Las facciones de la muchacha se atirantaron con brusquedad.

—Cuando... actuábamos con un cliente, se tomaban fotografías y hasta películas. Me enteré mucho después.

—¿Lo hacía Van Hoffen?

—¿Quién, si no?

—Pero ¿con qué objeto. Kathy?

—Te sorprenderías si pudieras conocer los nombres de algunos de los clientes de Van Hoffen. Como puedes suponerte, yo no voy a mencionar ninguno, no sería ético.

—No te lo voy a pedir tampoco, Kathy. A fin de cuentas, no cometieron crímenes. Pero eso de las fotografías secretas puede ser interesante.

—Lo es, Irving.

—Alguien las tiene ahora, supongo.

—No. hasta este momento no se tienen noticias de que alguien las tenga en su poder. Es más, ni siquiera se sabe dónde pueden estar, aunque me imagino que siguen allí, en la casa de South Green Hill.

—¿Lo sabe Clara?

Kathy hizo un gesto negativo.

—No he querido decírselo. Me pareció que... debía ser discreta en este asunto. Demasiado lamento que ella conozca mi pasado.

—Sin embargo, me lo has dicho a mí...

—Porque tú vas a defender en el juicio planteado por la hija de Van Hoffen a Clara. Si Ursula encuentra las películas ¿te imaginas lo que sucederá?

—Chantaje —dijo Mott, lacónicamente.

—Hay, al menos, un par de cientos de personas implicadas en el asunto. Todos ellos son gente de mucho dinero, de elevada posición social, muy bien situados en todos los aspectos. Ahora, figúrate el resto...

—Bueno, aunque sólo sean diez mil dólares por barba, doscientos tipos pueden proporcionar...

—Dos millones de dólares —puntualizó Kathy.

Emitió un largo suspiro y agregó:

—Inclúyeme a mí en esa lista. Los nombres de las chicas también saldrían a relucir, si alguno se negase a pagar la suma exigida. No me gustaría, sencillamente.

—Lo comprendo. Pero ¿crees tú que puedo encontrar esas películas?

Kathy hizo un gesto ambiguo.

—Es posible. Inténtalo, en todo caso.

—Haré lo que pueda...

—Tengo algo de dinero ahorrado, todavía. Aunque te parezca mentira, en un año gané casi cien mil dólares. No lo he derrochado. Irving. Puedo ofrecerte una buena cantidad.

—Ni lo sueñes. Ya me paga Clara por mis servicios, y encontraré las películas, espero, entra dentro de mi actuación en este caso.

—Bien, si no quieres dinero, tal vez aceptes otra cosa —sonrió Kathy.

La joven se abrió la bata hasta el estómago. Mott vio los senos, redondos, blancos, de firmes contornos. Luego estudió la sonrisa de su anfitriona y sonrió a la vez.

—No puedo resistir a la tentación —manifestó al cabo.

Cuando se disponía a salir, pasadas las dos de la madrugada, miró a la joven que yacía en el lecho, cubierta parcialmente sólo por una sábana.

—No enseñes esto a tus alumnos —aconsejó.

—La vida se lo enseñará —respondió Kathy, alegremente.

Luego se puso seria.

—Irving, si no aparecen las películas, puede ocurrir algo espantoso —agregó.

—Confío en encontrarlas...

Repentinamente, Kathy se sentó en la cama, con el torso al aire. Los senos se agitaron unos instantes a causa del movimiento.

—Aguarda —dijo—. He olvidado algo que puede ayudarte. Sé quién instaló las cámaras en lugares ocultos.

—Interesante. Sigue, Kathy.

—Lo hizo, naturalmente, por encargo de Van Hoffen. Se llama Miles Haldon y tiene su negocio en la calle Cuarta, número ochocientos doce.

—Iré a verle. Ya te diré algo en cuanto me sea posible.

—Apriétale las clavijas a ese bastardo... —Kathy hizo un gesto de pesar—. Tendré que cuidar mi lenguaje cuando esté en la escuela —sonrió.

—A veces, una palabrota sirve de desahogo —comentó Mott.

Descendió a la calle y buscó su coche. Cuando se disponía a dar el contacto, sintió en la carne desnuda del cuello algo frío.

Era la punta de una navaja, seguramente automática y muy afilada. Una voz sibilante sonó a sus espaldas:

—Siga adelante, todo recto. Si hace el menor gesto sospechoso, lo apuntillo aquí mismo.

* * *

Mott sufrió un fuerte estremecimiento, más por la sorpresa que por el temor, aunque, desde luego, no se sentía nada tranquilo bajo la amenaza del acero. Puso el motor en funcionamiento y pisó suavemente el acelerador.

A través del retrovisor pudo ver, en la penumbra del coche, un rostro delgado y

muy blanco. En el acto adivinó su identidad.

—¿Qué quiere de mí. Boston Kid?

—¡Ah, me conoce! —exclamó el pistolero.

—Le vi una vez, cuando disparaba contra Ruth Egan.

—Tiene buena memoria, abogado.

—Es útil en mi profesión.

—A veces, produce inconvenientes.

—Por ejemplo, tenerle a usted como pasajero en mi coche. ¿Qué piensa hacer conmigo?

—Le han encargado defender el pleito de la enfermera de Van Hoffen.

—No es cosa que deba ocultarse. Boston Kid. Pero ¿qué interés tiene usted en el caso?

—Mi interés es diametralmente opuesto al suyo, abogado.

—Eso mismo le sucede a Ursula Van Hoffen, pero ella no me amenaza con una navaja como usted.

—Cada uno emplea sus métodos —rió el pistolero.

—Usted prefiere los contundentes: pistola, navaja... ¿Hasta cuánto va a durar la conversación? —preguntó Mott.

Gradualmente, iba aumentando la velocidad del coche, sin mostrar señales de nerviosismo. Se le había ocurrido una idea para librarse de la amenaza del sujeto, pero necesitaba llegar a un lugar donde la posibilidad de ser visto por testigos fuese nula o poco menos que imposible.

—Siga, siga, ya le indicaré cuándo debe parar —contestó Boston Kid.

—Muy bien, usted manda.

—Tengo la sartén por el mango. —El pistolero volvió a reír—. De qué buena gana pincharía a fondo —añadió con repentino salvajismo.

Mott sintió un escalofrío. Todo asomo de bondad había desaparecido en el asesino, si es que alguna vez conoció tal sentimiento.

«¿Qué diablos pretendía hacer?», se preguntó.

Poco después, abandonaron los límites urbanos. Mott consultó el cuentamillas. Rodaba a más de 90 por hora, pero Boston Kid no parecía haberse dado cuenta del detalle.

De pronto, sintió la mano izquierda del sujeto que tanteaba por delante de su cuello. Sin duda, estaba buscando un arma.

—No llevo pistola —aseguró.

—Mejor todavía —rió Boston Kid.

La mano izquierda del sujeto se crispó sobre su pecho. Mott se sintió acometido por un acceso de pánico.

Boston Kid pretendía inmovilizarle. Con la mano izquierda le sujetaba, mientras la derecha usaría la navaja para cortarle el cuello...

CAPÍTULO VI

Fue un acto desesperado, instintivo. Sólo quería salvarse y pisó el freno a fondo, a la vez que daba un volantazo a la izquierda.

El pistolero aulló. La fuerza centrífuga le hizo desviarse hacia la derecha, a la vez que por inercia saltaba por encima del asiento delantero. Cayó de cabeza en el hueco y perneó frenéticamente, esforzándose desesperadamente por volver a la posición normal.

El coche estuvo a punto de volcar, pero Mott consiguió dominarlo. Resbalando ruidosamente sobre los neumáticos, se deslizó de costado, hasta detenerse al borde de la carretera.

Inmediatamente saltó fuera, dio la vuelta y abrió la otra portezuela. Boston Kid se incorporaba en aquel momento y Mott lo agarró despiadadamente por los cabellos, arrastrándole hacia el exterior con una furia de la que no se habría sentido capaz en su vida.

Boston Kid aulló y blasfemó horriblemente. Intentó sacar la pistola que llevaba oculta bajo la chaqueta, pero el joven se anticipó a sus movimientos y se la agarró de un manotazo, arrojándola a continuación a la zona más oscura de aquel paraje.

Sin soltar los pelos del sujeto, tiró de él todavía unos cuantos metros. Su furia no se había calmado y, sujetándole ahora con la mano izquierda, empezó a darle bofetadas de palma y revés, tremendamente enfurecido, tratando así de desahogar el pánico sentido momentos antes.

Boston Kid empezó a perder fuerzas y sus rodillas se doblaron, pero no cayó, porque Mott continuaba sujetándole por los abundantes cabellos.

—Basta, basta... —gimió el pistolero.

Mott suspendió los golpes, sudoroso y jadeante. Pensó que debería ofrecer un aspecto horrible, pero no lamentó en absoluto lo que acababa de suceder.

—Disparaste contra Ruth Egan, aunque tus amigos prepararon una coartada —acusó—. ¿Quién te ordenó matarla?

—No... no puedo decirlo...

Mott decidió dar de lado toda consideración y le disparó un formidable derechazo a la nariz. Boston Kid lanzó un aullido de dolor.

—Voy a machacarte vivo si no hablas —amenazó—. Si crees que no soy capaz de hacerlo, cierra el pico y lo verás.

Para convencerle de que no bromeaba, le golpeó de nuevo. Los ojos de Boston Kid empezaron a vidriarse.

—Por... favor... no me pegue más... Se lo diré...

Era un cobarde, pensó Mott; valiente únicamente cuando tenía todas las ventajas a su favor. Y un arma en la mano, por supuesto.

—Ed... Sharkey —jadeó el hampón.

Mott hizo un gesto de sorpresa, pero no formuló el menor comentario. Luego, se

dijo que, bien mirado resultaba lógico.

No necesitaba saber más. Hizo ponerse en pie a Boston Kid y disparó el último golpe de la serie, directo al mentón.

El pistolero se desplomó como un fardo. Chupándose los nudillos. Mott regresó al coche, lo puso en movimiento dio media vuelta y emprendió el regreso.

Cuando llegó a su casa, se encontró con que tenía un huésped inesperado.

* * *

Clara Simms dormía profundamente, recostada en un cómodo butacón. Ni siquiera se había dado cuenta de la llegada del dueño de la casa. Tras la primera sorpresa. Mott se decidió a despertarla.

—Eh, oiga...

Clara abrió los ojos y se enderezó, sobresaltada.

—Ha tardado mucho en volver —dijo, con acento de reproche.

—Usted no me avisó que vendría a verme —contestó él.

—Lo siento. Llamé pero no contestaba y decidí venir a esperarle...

—¿Cómo ha entrado sin llave?

—La puerta posterior no estaba cerrada.

—Soy un tipo descuidado —se apostrofó Mott a sí mismo—. Bien, si está aquí, es que tiene algo interesante que contarme.

—En efecto. Esta tarde me llamó Nellie Crandall. Está citada oficialmente como testigo en el juicio.

—¿Quién es esa tal Crandall? —preguntó él, extrañado.

—La cocinera de Van Hoffen. Me llamó para decirme que un hombre fue a verla y le ofreció mil dólares, por declarar contra mí, en la forma que ya le indicarán más adelante. Nellie me apreciaba muchísimo y quiso ponerme en guardia.

—De modo que la demandante empieza ya a sobornar testigos, ¿eh?

—Eso parece.

—A unos los soborna y a otros les quita de en medio, como a Ruth Egan ¿Qué podía saber esa mujer? ¿Se le ocurre algo?

—No tengo la menor idea. Pero el asesino está libre.

—Muy cierto —convino él—. Sin embargo, esta noche he obtenido informes que, espero, resulten de gran interés.

—¿Sí? ¿Quién...?

—Una antigua «azafata» de la casa Van Hoffen. Ciertamente el interés del caso estriba en la propiedad de South Green Hill, pero no por la casa, sino por las películas y fotos que están escondidas en alguna parte.

—Yo no he sabido encontrarlas —confesó la joven.

—Sin duda Van Hoffen supo esconderlas bien. Pero mientras usted, supongo, no tocaría un solo ladrillo del edificio, en cambio alguien sería capaz de demolerlo hasta

los cimientos, para encontrar esas películas. Bueno, mañana iré a ver al que proporcionó las cámaras; puede que consiga más datos de ese individuo.

—¿Sabe quién es?

—Por supuesto.

De pronto Clara se fijó en la mano derecha del joven.

—¿Qué le pasa? Tiene la mano llena de sangre...

Asombrado. Mott bajó la mirada, dándose cuenta entonces del detalle, que le había pasado inadvertido.

—He peleado con un tipo —declaró.

—Le gustan las pendencias, ¿eh?

—En ocasiones, disfruto. Perdona, voy a limpiarme un poco...

—Deje que lo haga yo. A fin de cuentas, soy enfermera.

—Es verdad, casi lo había olvidado.

Mott acompañó a la joven al baño y ella abrió el armario, buscando elementos para la cura. Mientras limpiaba los nudillos, en parte desollados, la rubia cabellera de Clara rozaba la mejilla del joven.

Estaban muy juntos, prácticamente tocándose los cuerpos. Al cabo de unos momentos, Mott, sin poder resistirlo, enlazó la cintura de Clara.

Ella levantó la mirada.

—¿Qué pretende usted? —inquirió, sin mostrar el menor enojo.

—Es usted una chica guapísima —ponderó él.

Acentuó la presión. Clara echó el busto hacia atrás.

—¿Quiere cobrar sus servicios profesionales... en especie?

Mott la soltó bruscamente.

—Dispénsame, he tenido un mal momento —rezongó.

—No es usted el primero —sonrió ella.

La cura había terminado ya. Clara se dispuso a marcharse.

—Mañana tengo el día libre... Hoy, mejor dicho. Llámeme en cuanto tenga alguna noticia de interés.

—Usted ya ha hablado con la cocinera. Me interesaría hablar con la doncella que despidió.

—No sé dónde vive. Preguntaré a Nellie.

—De acuerdo.

Clara recogió su bolso y se dispuso a salir. Cuando ya estaba en la puerta se volvió hacia el joven.

—Esas erosiones de la mano, ¿se deben a una disputa por motivos de faldas?

Mott hizo un gesto negativo.

Sería la primera vez —contestó—. Ande, váyase a dormir; ya se lo contaré en otro momento.

No me gustaría ser defendida por un abogado aficionado a las pendencias.

—Mi afición hacia las peleas es menor aún que la suya, pero hay momentos en

que un hombre debe luchar... si quiere salvar la vida.

Clara abrió mucho los ojos y quiso decir algo, pero Mott señaló la puerta.

—Ande, váyase a dormir y deje que yo lo haga también —dijo.

La joven se marchó. Lanzando un profundo suspiro. Mott se encaminó hacia el dormitorio.

Cuando apagó la luz, quiso pensar en lo que preguntaría a Miles Heldon, pero el sueño le venció muy pronto y borró todas las preocupaciones de su mente.

* * *

Era un caso que podía originar una conmoción sin precedentes, se dijo, a la mañana siguiente, cuando rodaba en dirección a la tienda de Heldon.

Años enteros tomando fotografías y películas de clientes en posturas eróticas con hermosas mujeres, pensó. En cierto modo, era un tesoro que podía valer millones.

Pero ¿por qué había hecho Van Hoffen una cosa semejante? No se sabía que hubiera obtenido provecho de las películas, aunque quizá lo guardaba para más adelante. La muerte, sin embargo, le impidió culminar sus proyectos.

Pero ahora, alguien quería aprovecharse de aquella situación. ¿Lo sabía Ursula?

A la noche, se propuso, hablaría con ella. Tenía muchas cosas que contarle.

Tal vez Ursula obraba de buena fe y alguien quería aprovecharse de sus proyectos. Pero tampoco era algo que se pudiera afirmar de forma rotunda.

Minutos más tarde, avistó la tienda de Heldon. Cuando se disponía a estacionar el coche, vio salir a un individuo que parecía tener mucha prisa.

Un coche le aguardaba a la puerta y arrancó en el acto. Vagamente, Mott se fijó en el hombre, bajo, regordete, de mejillas sonrosadas y aspecto plácido, que no concordaba demasiado con sus prisas por cruzar la acera, ya que lo había hecho casi corriendo. Pero, sin darle importancia al suceso, entró en la tienda dispuesto a hablar con el dueño.

El local estaba desierto. Había toda clase de aparatos fotográficos y sistemas de control remoto. Asimismo abundaban las cámaras de vídeo y las grabadoras y reproductoras de imagen y sonido. Al fondo, a la derecha del mostrador, se veía una puerta que, supuso, debía de conducir al laboratorio.

Esperó unos momentos. Heldon no daba señales de hacerse visible.

Entonces divisó sobre el mostrador un timbre de percusión y se acercó para utilizarlo. Cuando bajaba la mano, se quedó inmóvil, convertido en una estatua. Incluso dejó de respirar unos segundos.

Heldon yacía al otro lado, con una mueca de terror en su rostro. Había una enorme mancha de sangre en su pecho.

Mott vio también dos orificios, de forma alargada. No había oído disparos, de modo que inmediatamente supo que alguien había empleado un cuchillo con suprema habilidad.

Un arma silenciosa. Nadie había oído nada y, hasta aquel momento, no se había descubierto el crimen.

La caja registradora estaba abierta, pero Mott supo que el robo sólo era una tapadera que encubría los verdaderos motivos del crimen.

Respiró hondamente y se acercó al teléfono de pared. No le gustaba en absoluto, pero comprendía que no tenía otro remedio que avisar a la policía.

CAPÍTULO VII

Entró en el bar, con la esperanza de ver a su amigo Smithers, pero el periodista no había acudido aquella noche. El barman le informó que estaba en cama con un fuerte resfriado, por lo que Mott decidió dejar la entrevista para otro momento.

Quería haberle inquirido detalles sobre la muerte de Heldon, datos que sólo un hombre como su amigo podía conocer, pero el esfuerzo había resultado infructuoso.

Tendría que hacer otra cosa, aunque le sobraba tiempo, cuando se disponía a salir, casi se tropezó con un cliente que entraba.

Lars Pawker sonrió al verle.

—Cuanto celebro encontrarle, colega —dijo, a la vez que le tendía la mano—. ¿Marchan bien sus trabajos?

—No puedo quejarme —respondió el joven, quien decidió aprovechar la ocasión que se le presentaba con tan afortunado encuentro—. ¿Puedo hacerle una pregunta, colega? —añadió con retintín en la última palabra.

—Todo lo que guste... siempre que yo pueda contestarle —rió Pawker—. ¿De qué se trata?

—Usted gestionó la libertad de un asesino llamado Keylie Kirran, apodado Boston Kid.

Pawker frunció el ceño.

—Mi querido amigo, como abogado que es, debería saber que no se puede calificar de asesino a una persona, si no es condenada en regla.

—Perdone, pero yo vi a Kirran disparar...

—¿Por qué no lo declaró así ante la policía?

—Lo hice, pero al parecer, sus coartadas fueron más sólidas que mi palabra.

—Amigo mío, si defendí al señor Kirran, fue porque me lo pidieron y porque estaba convencido de que las coartadas eran verídicas. De otro modo, créame, no me habría prestado a lo que se puede llamar con toda seguridad una inicua comedia. Para mí, el señor Kirran es absolutamente inocente del crimen que se le imputó con harta precipitación, basándose en las declaraciones de unos testigos, emocionalmente alterados por el hecho que habían presenciado.

—Yo no lo estaba...

—Creía que no lo estaba, lo cual es muy diferente.

Mott entornó los ojos.

—La experiencia forense le sale por los poros, colega —comentó malévolamente—. Usted sería capaz de defender a la Venus de Milo.

—Es una estatua y no tiene brazos —rió Pawker.

—Por eso mismo. Buenas noches... colega.

Pawker se quedó desconcertado, en medio del salón. Mott salió a la calle y respiró el aire libre a pleno pulmón.

No se sentía satisfecho del incidente. Pawker había demostrado ser un tipo

verdaderamente listo. Aunque, otorgándole el beneficio de la duda, pensó que tal vez creía sinceramente en la inocencia de Boston Kid.

Pero resultaba muy sospechoso que se ocupase de defender al asesino de una mujer que, se suponía, podía hacer revelaciones harto interesantes sobre South Green Hill. Era algo que no le gustaba en absoluto.

Sin embargo, y aunque hasta el momento no había tenido tratos con Pawker, conocía su fama y sabía que no se le podía reprochar nada deshonesto. ¿Por qué, en este caso, actuaba de una forma que provocaba sus sospechas?

Era imposible desvelar aquella incógnita, reconoció, muy desazonado. Pero había algo que quería hacer aquella misma noche, y no tenía la intención de posponerlo para el día siguiente.

* * *

Ursula Van Hoffen desembarcó de su coche y se dispuso a cruzar la acera. Un hombre se desató de las sombras y ella, alarmada, abrió su bolso rápidamente.

—Si lleva una pistola, no la use. Soy Mott —advirtió el joven.

Ella le miró irritada.

—Me ha dado un susto terrible, abogado. ¿Por qué no ha ido a verme al lugar donde trabajo?

—Deseo que la entrevista se celebre en un sitio donde nadie nos pueda interrumpir durante unos momentos —contestó él—. ¿Me permite subir a su apartamento?

Ursula vaciló. Mott le dirigió una amplia sonrisa.

—Lleva un arma. Si cree que voy a hacerle algún daño, úsela sin vacilar —agregó.

—Está bien —Ursula sacó la llave—. Le permito acompañarme, pero habrá de ser breve.

—No tardaré mucho en exponer mis deseos, señorita Van Hoffen.

—Puede llamarme Ursula, como todo el mundo.

—Mi nombre es Irving —indicó él.

Una vez en el apartamento, enorme, muy lujoso. Ursula dijo que iba a cambiarse de ropa y que podía servirse de beber si le apetecía. Durante unos minutos. Mott quedó solo en la estancia, aguardando sin prisas la vuelta de la dueña de la casa.

Ella volvió al poco, ataviada con una bata de color fucsia. Las prendas íntimas que se veían a través del tejido casi transparente, eran del mismo color.

—No ha preparado bebidas —observó, sorprendida.

—Para mí, ya no es hora. Usted puede beber lo que le apetezca —contestó el visitante.

—Gracias, estoy en mi casa —manifestó Ursula, irónica mente—. Está bien, de qué se trata.

—Un tal Boston Kid disparó contra Ruth Egan, matándola instantáneamente.

—He oído el caso. Tengo entendido que no fue Boston Kid.

—Sí, lo hizo él, aunque algunos amigos le proporcionaron una buena coartada.

Entre ellos, Ed Sharkey.

Ursula, que estaba en pie, junto a la barra, se envaró.

—¿Qué tiene que ver Sharkey con todo esto? —exclamó.

—¿No le ha dicho él nada al respecto?

Ursula hizo un gesto negativo.

—Ni lo hemos comentado siquiera —repuso.

—¿Puede saberse qué clase de relación la une a usted con Sharkey?

—¿Es necesario que se lo diga?

—Me gustaría, aunque, en el peor de los casos y tardando más tiempo, desde luego, acabaría por saberlo.

—Pero ¿qué interés puede tener usted en el señor Sharkey?

—Se lo voy a decir con toda claridad. Ruth Egan era una de las «fundadoras» del negocio de su padre. Se sospecha que sabía más cosas que otra persona viva en este mundo, .Tal vez alguien al que no le convenía que hablase. Por dicha razón. Boston Kid la esperó a la salida de su casa y le pegó cuatro tiros.

—Hasta ahora no ha dicho nada que permita involucrar a Sharkey en este asunto —indicó Ursula, secamente.

—No he terminado aún —contestó el joven—. Hablé con Boston Kid. Me dijo que fue Sharkey quien le dio la orden de asesinar a Ruth Egan.

—¡No es posible! —gritó ella.

—Lo crea o no, es así. Todavía le diré más: Boston Kid quiso asesinarme.

—Está contándome una serie de fantasías absurdas...

Mott se puso en pie.

—Puede creerme o no, pero le garantizo que todo lo que he dicho es la verdad. Sólo cuenta con mi palabra, claro, pero algún día espero poder demostrárselo.

Ursula pareció impresionarse con la respuesta del joven.

—Sharkey es el gerente del Flyng Horse y... y mi amigo —manifestó.

—En tal caso, permítame decirle que tal vez sea un gerente eficaz, pero no un amigo recomendable. A menos que esté de acuerdo con lo que él hace.

—¡No, por Dios! —exclamó ella, vivamente—. Quiero la casa de South Green Hill, pero por medios lícitos, no por la violencia.

—La violencia no es siempre física. Si usted piensa probar que Clara Simms engatusó a su padre, al menos que lo de muestre de una forma concluyente, lo que excluiría la calumnia y los falsos testimonios...

—Hay pruebas de que fue como ha dicho —le interrumpió Ursula—. Por tanto la violencia psíquica no existe. En todo caso fue ella quien la utilizó contra mi padre. Es enfermera, conoce las medicinas y las drogas apropiadas. ¿No es capaz de imaginarse el resto?

—Conque era eso —murmuró el joven—. Bien, de todos modos, hay que probarlo ante el tribunal.

—Escuche, sé lo que está pensando de mí, pero le aseguro que se equivoca. Quiero la casa, es cierto, pero por otros motivos muy diferentes de los que sospecha.

Mott alzó las cejas.

—¿No le interesan las fotografías?

Ursula hizo una mueca de desprecio.

—Sólo me traerían complicaciones —respondió—. Además, el oficio de chantajista es muy peligroso. Alguno se cansa de pagar y un buen día, decide quitar de en medio al extorsionista. No, no siento el menor deseo de que me hagan una cosa semejante.

—Entonces, ¿por qué quiere la casa? —preguntó Mott, desconcertado.

—Estoy empezando a cansarme del negocio del Flyng Horse. Pienso montar una residencia de lujo, para clientes adinerados. Menos trabajo y más beneficios.

Mott adivinó en el acto las intenciones de su bella interlocutora.

—¿Con mesas de juego? —Sonrió.

Ella hizo un movimiento negativo.

—Gimnasio, sauna, piscina... Curas de reposo, en suma.

—Con agradable compañía, por supuesto.

—Las chicas serán el reposo del guerrero —rió Ursula.

—Comprendo. De todos modos, piense en lo que le he dicho. Si se considera inocente de los actos de Boston Kid, es que alguien está aprovechándose de su buena fe.

En aquel momento y antes de que Ursula pudiera contestar, llamaron a la puerta.

Ella cruzó la estancia con vivo taconeo y abrió la puerta. La silueta de Sharkey se recortó en el umbral.

—Hola, preciosa —sonrió el individuo.

—Ed. ¿tienes las llaves del local? —preguntó Ursula.

—Pues claro... Nunca las dejo en ninguna parte...

—Dámelas.

Sharkey respingó.

—Pero, Ursula...

—Dame las llaves, Ed. Todas —puntualizó.

—Bueno. No sé qué mosca te ha picado, pero...

Desde su posición. Sharkey no podía ver al visitante. Metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó un manojito de llaves, del que separó unas cuantas. El resto fue a parar a poder de la joven.

—Está bien. Ed —aprobó Ursula—. Ahora lárgate y no vuelvas más por esta casa, ni te asomes siquiera al Flyng Horse. Estás despedido... en todos los sentidos. ¿Has comprendido?

Sharkey se quedó con la boca abierta.

—Pero Ursula, ¿qué te ocurre? ¿Por qué me haces esto?

—Pregúntaselo a tu amigo Boston Kid —respondió ella, secamente, a la vez que cerraba de un tremendo portazo.

Echó el cerrojo de seguridad y pasó la cadena. Luego, apoyada en la puerta, miró al joven muy agitada, pero sonriente.

—¿Qué le ha parecido, abogado?

—Magnífica. —«¿No será una comedia y mañana, o más tarde, le llamaré para explicarle lo sucedido?», pensó, receloso—. Realmente enérgica.

—Gracias. Necesito una copa. ¿No quiere acompañarme?

—¿Vamos a celebrar el acontecimiento? —Sonrió Mott.

Ursula le dirigió una larga mirada desde la barra.

—Hay muchas formas de celebrar un feliz suceso —con testó.

—Pero no emborrachándose.

—¿Quién habló de excesos en la bebida, Irving?

Mott se había percatado de las intenciones de Ursula, pero no estaba dispuesto a seguirle el juego.

—Dejaremos la celebración para otro momento —manifestó.

Tomó un ligero sorbo de su copa y se encaminó hacia la puerta.

—Espero que haya sido sincera.

—Puede tener la seguridad de que jamás voy a ver a Sharkey. Mis relaciones con él, financieras y... amistosas, han concluido definitivamente esta noche.

—En tal caso, le felicito muy cordialmente —se despidió Mott.

* * *

Cuando llegaba a su coche, vio a un hombre apoyado en él, fumando un cigarrillo. El individuo le vio venir también y tiró el cigarrillo a un lado, a la vez que se enderezaba bruscamente.

—Quiero hablar con usted, abogado —manifestó Sharkey.

—¿Aquí? —preguntó Mott, alzando las cejas.

—Es el mejor sitio y el momento más adecuado. ¿Qué diablos le ha dicho a Ursula? ¿Qué fábulas le ha contado para que me haya despedido como a un simple pinche de cocina? —exclamó Sharkey, coléricamente.

—¿Fábulas? ¿Es una fábula declarar en favor de un asesino y mentir para proporcionarle una coartada? ¿Es una fábula ordenarle que asesinara a Ruth Egan?

—¿Eso le dijo el maldito bastardo? Escúcheme, abogado; soy en absoluto inocente de la muerte de Ruth Egan...

—Entonces, ¿por qué pronunció Boston Kid su nombre? ¿Por qué le proporcionó usted la coartada?

—Respecto a la coartada, le diré que unos buenos amigos me pidieron ese favor. Y si él dijo que yo le había ordenado ese crimen, le mintió. Estoy convencido de que

le dio el primer nombre que le vino a la memoria y que usted se tragó el cuento con absoluta ingenuidad.

—Es posible, pero usted debió haber comprobado la coartada. No se trataba de un simple robo, sino de un crimen, un asesinato. Y yo, lo único que he hecho es contarle a Ursula lo que sabía, pero no he influido en absoluto en su decisión de despedirle. Y ahora que ya tiene mis respuestas, apártese del coche; tengo que volver a casa.

—No tenga tantas prisas —dijo Sharkey, ceñudamente—, Ursula me ha despedido y yo le voy a dar a usted la paga del despido.

Mott adivinó lo que iba a suceder y se desvió a un lado, esquivando así el durísimo puñetazo que Sharkey le dirigía a la cara. A su vez, contraatacó y, aprovechando que el otro había perdido el equilibrio momentáneamente, le lanzó un terrible directo al plexo solar.

El aire salió violentamente expulsado de los pulmones de Sharkey, quien se dobló sobre sí mismo. Mott comprendió que durante unos momentos estaría fuera de combate, aunque no hubiese perdido el conocimiento, y lo apartó a un lado con gesto desdeñoso. Sharkey trastabilló y cayó de rodillas, teniendo que apoyarse con ambas manos en el suelo para no quedar tendido por completo.

Mott entró en su coche y dio el contacto, alejándose rápidamente, satisfecho de la decisión que había tomado Ursula.

—Siempre que sea sincera y que no se trate de una comedia —masculló.

En todo caso, pronto lo sabría, y así se despejarían sus dudas sobre el particular.

Por la mañana, recibió una llamada telefónica.

Era Thormond.

—Estoy esperando su respuesta, abogado —apremió el sujeto, impaciente.

—Lo siento. Mi cliente se niega a vender —replicó Mott.

Hubo una corta pausa. Luego, sonó la voz de Thormond.

—Escuche, dígame que aumento la oferta primitiva a trescientos mil. Pagados al contado, ¿me entiende?

—Se lo diré, pero debe saber dos cosas: primero, la decisión ha de ser enteramente de mi cliente. Segundo, no pienso forzarla para que venda. ¿Está claro?

—Su comisión, en este caso, sería de treinta mil, abogado.

—Una suma nada desdeñable, pero que no pienso ganar por procedimientos nada éticos —contestó el joven—. Sospecho que usted está habituado a realizar negocios de una forma muy distinta a la habitual, pero, por favor, no me confunda con alguno de los tipos con los que suele tratar corrientemente.

Mott oyó una estruendosa carcajada.

—Usted me gusta, abogado —exclamó Thormond—. ¿Por qué no acepta defender mis intereses? Cuando haya terminado este asunto, naturalmente. El abogado que tengo en la actualidad se está haciendo viejo, y yo necesito uno joven, como usted, con inteligencia, empuje...

—No me tienta, es inútil. Si lo piensa bien, sabrá que hay en la ciudad abogados

suficientes para que usted pueda elegir a su gusto.

—Lo siento de veras. Usted podría haber conseguido algo grande, se lo aseguro.

—¿Al precio de perder mi propia dignidad? Ni lo sueñe, Thormond.

—Un fenómeno asombroso de honestidad, inusual en estos tiempos —rió el sujeto—. De todas formas, haga lo que le he pedido. Transmitir mi oferta no es delictuoso, estimo.

—Por supuesto, pero ya sabe cuál va a ser mi comportamiento. Le llamaré en cuanto tenga noticias sobre el particular. Y ahora, ¿puede usted darme ciertos datos sobre una persona que me interesa?

—¿Cómo se llama?

—No lo sé, pero puedo darle su descripción. Es bajito, regordete, de mejillas sonrosadas y aspecto amable y cordial. Tendrá unos cuarenta y tantos años...

—No siga, es Dude Cheston. ¿Qué relación tiene usted con ese tipo?

—Hasta ahora ninguna, pero quiero hablar con él.

—¿Sabe a qué se dedica?

—Y usted. ¿Lo sabe?

Mott oyó un juramento a través del hilo.

—Abogado —dijo Thormond—, le recomiendo no tenga tratos con Cheston. Su apariencia personal no tiene nada que ver con sus acciones, ¿me comprende?

—Por favor, dígame dónde puedo encontrarle —insistió el joven.

—Muy bien, allá usted. No se queje luego de que no le advertí... Si tanto empeño tiene en verle, vaya a Red Hawk, situado en la calle Novena. Suele acudir casi todas las noches.

—Gracias, Thormond. En cuanto a su propuesta hablaré con mi cliente y le diré en seguida cuál es su postura.

Mott colgó el teléfono, haciéndose cruces de que asesinos profesionales como Boston Kid y Dude Cheston anduvieran sueltos por las calles, como las personas decentes. Pero él no podía hacer nada... excepto tratar de obligar a Cheston a que le dijera quién le había ordenado dar muerte a Miles Heldon. Hasta la noche, sin embargo, no tendría la oportunidad de intentarlo.

Ahora tenía otra cosa que hacer y se dispuso a salir de la casa, en dirección a South Green Hill.

CAPÍTULO VIII

—La señorita no está, aunque no tardará mucho en regresar —anunció Hettie, cuando Mott estuvo a su altura—. ¿Quiere que le haga un poco de café, mientras tanto?

—Si no es molestia...

—Ninguna; señor —contestó la voluminosa sirvienta con su dulzón acento habitual.

Hettie le condujo a un saloncito privado, en el que le dejó solo, para volver a poco con una bandeja en las manos.

Mott probó el café.

—Exquisito. Hettie —sonrió—. Parece hecho por manos de ángeles.

La sirvienta soltó una estruendosa carcajada.

—¿De veras le parece que tengo aspecto de ángel, señor?

—No se sabe cómo son los ángeles Hettie. Cada uno es dueño de imaginárselos con la figura que más le agrade.

—Entonces, ¿por qué no se los imagina con la figura de la señorita?

—No sea usted maliciosa —rió el joven—. Lo angelical de cada persona no está en su aspecto, sino en sus hechos. A veces, la mujer más bella o el hombre más apuesto resultan unos verdaderos demonios.

—Eso sí es cierto, aunque puedo asegurarle que la señorita es algo maravilloso. Procure ayudarla, señor; ella se lo merece.

—Es lo que estoy haciendo. Hettie.

—Ha padecido mucho. Todos piensan mal de ella, pero no es cierto, no señor.

—Piensan mal, ¿en qué sentido?

—Se dice que daba drogas al señor Van Hoffen, para que le dejara la casa en el testamento, pero no es cierto. El señor Van Hoffen le tomó un gran afecto desde el primer momento... y porque ella es así, de otro modo, hubiera aceptado ser su esposa, cuando él se lo propuso.

—Eso no lo sabía yo —dijo Mott.

—Más le hubiera valido casarse con el señor Van Hoffen. Así, la zorra de su hija, se habría quedado con un palmo de narices... El señor Van Hoffen intentó reconciliarse con ella en más de una ocasión, y la señorita Ursula le envió al demonio cada vez que él la llamaba por teléfono...

—Hettie, está muy enterada de ciertas cosas.

—Soy muy observadora, señor, pero también sé mantener la boca cerrada cuando es necesario. Ahora, no; usted debía saber cosas que la señorita Clara no le ha contado...

—Hettie, ¿qué es lo que yo no le he contado al señor Mott?

La voz de la joven sonó repentinamente en la entrada de la salita. Mott se puso en pie con rapidez.

—No me decía nada en particular —sonrió con cara de circunstancias.

—Hettie, es usted incorregible —dijo Clara, severamente—. Déjenos solos, ¿quiere?

—Sí, mi niña...

Hettie se marchó, pero no sin guiñar un ojo al joven. Clara se despojó de su chaqueta y la dejó encima de una silla. Luego se atusó los cabellos con gesto maquinal.

—Sírvame un poco de café, ¿quiere? —pidió, al cabo de unos segundos.

—Con mucho gusto. Parece que no viene de muy buen humor, Clara —observó el joven, mientras vertía café en una taza.

—No puedo tenerlo. Me han despedido del hospital.

Mott se quedó atónito.

—¿Por qué? Tenía entendido que usted era una profesional competente y estimada por sus superiores.

—Han corrido rumores acerca de mi comportamiento en el caso Van Hoffen. El consejo director del hospital no quiere que sus enfermeras se vean mezcladas en asuntos dudosos.

—Entiendo. Piensan que usted administró drogas a Van Hoffen, para que la favoreciera en su testamento, ¿no es así?

Clara hizo un gesto de asentimiento.

—Cierto; es lo que se piensa de mí. Y he de lamentarlo porque hasta ahora he trabajado en el mejor hospital de la ciudad. No me será fácil encontrar un nuevo empleo, se lo aseguro.

—Eso no debe preocuparle —sugirió Mott—. Su conciencia, sí. ¿Hizo algo deshonesto con Van Hoffen? Me refiero a acciones fuera de la ética profesional, naturalmente.

—No, ¡en absoluto! —replicó ella con energía.

—Entonces, siga durmiendo tranquilamente por las noches. Y, si lo desea, podría despreocuparse del futuro, vendiendo esta casa por trescientos mil dólares.

Clara le miró asombrada.

—Tenía entendido que la oferta era de un cuarto de millón —murmuró.

—El ofertante sube a trescientos mil.

—¿Qué le ha dicho usted?

—Clara, no soy yo quien debe dar la respuesta. Lo único que puedo aconsejarle es que, si piensa vender, lo haga después del juicio, para evitarle serios problemas. Thormond dijo que no le importaría enfrentarse con esos problemas, caso de que el tribunal fallase contra usted, pero no sabe cual podría ser su comportamiento, si tuviese que cargar con tal conflicto.

—Entonces, ¿me aconseja vender?

Mott hizo un gesto negativo.

—No le daré consejo en ningún sentido, excepto en lo que acabo de manifestarle. La decisión es suya. Clara.

Ella pareció meditar un momento.

Luego dijo:

—Irving, el enigma de este asunto está en las películas y las fotografías que se tomaban clandestinamente y que nadie ha encontrado. ¿Qué haría usted en mi caso?

—Buscarlas y destruirlas, pero eso podría llevar tiempo y yo no dispongo del suficiente. Además, usted conoce la casa mejor que nadie, y no digamos Hettie. Lo único que he de intentar es contrarrestar las pruebas que presente la demandante contra usted.

—Pruebas de mi falta de ética profesional.

—Exacto.

—Sí, pero ¿qué clase de pruebas?

—Testigos que la vieron administrar drogas a su paciente.

—Hettie lo negará.

—Quedan dos personas que formaban parte de la servidumbre.

—Sí, la cocinera y la doncella, pero la primera es de toda confianza y no se prestará a la comedia.

—¿Qué me dice de la doncella?

—¿Vicky Hackles? Era muy trabajadora, pero también muy aficionada a escuchar detrás de las puertas.

—Una persona con tales cualidades se siente muy propensa a admitir cantidades de dinero por decir algo que, no siendo cierto, puede parecerlo. ¿Sabe dónde podría encontrarla?

—¿Quiere hablar con ella?

—Resultaría conveniente, Clara.

—Yo no lo sé, pero, tal vez Hettie...

Clara se relajó de pronto, como si perdiese los ánimos.

—Esta casa no me ha traído más que problemas —añadió, con acento de pesimismo—. Creo que me mudaré muy pronto...

—Y la venderá.

—Pero antes encontraremos las películas. ¿Quiere que llame a Hettie?

—Se lo agradeceré.

Clara se puso en pie. Iba a salir de la habitación, cuando, de pronto se volvió hacia el joven.

—Iré con usted —anunció resuelta.

—Me parece muy acertado —aprobó Mott.

—Si Vicky Hackles ha recibido dinero por declarar contra mí, quiero ver su cara cuando se lo preguntemos. ¿No estima lógica mi curiosidad?

Mott sonrió, a la vez que hacía un ademán.

—Adelante —contestó.

* * *

Un conserje con cara de pocos amigos, les indicó donde podrían encontrar a la antigua doncella de Van Hoffen, ello gracias al billete de cinco dólares que le enseñó el joven. En la calle, Mott se volvió hacia la muchacha:

—El mundo es un pañuelo —ironizó—. Vicky trabaja en el Red Hawk, precisamente el lugar al que iba a dirigirme esta noche, para hablar con cierto tipo que se gana la vida quitándosela a los demás.

Clara se estremeció.

—¿Un asesino profesional?

—Exactamente —Mott consultó su reloj—. Es un poco temprano. ¿Por qué no cenamos antes de ir al Red Hawk?

—No tengo apetito. Lo que me ha pasado hoy me ha dejado sin ganas de comer —respondió la joven.

—Mott la miró críticamente de arriba abajo.

—Clara, tiene usted una silueta excepcional, pero perdería mucho si bajase de peso.

Ella se sonrojó vivamente.

—Mi aspecto no me preocupa ahora...

—A mí, sí —dijo él, enérgico, a la vez que la agarraba por un brazo y la empujaba al coche—. Va a cenar un buen filete con patatas, tanto si tiene apetito, como si no. Y de postre, un litro de helado, pasteles, bombones...

—¡Horror! —rió ella—. Ganaría un montón de kilos sólo con esa cena.

—No exagere. Es justo lo que está necesitando, además de un par de copas de buen vino. Ande, vamos y deje las preocupaciones por el momento.

Clara cenó con mejor apetito del que había esperado. Al terminar, tenía las mejillas encendidas y le brillaban los ojos.

—Esto me ha levantado el ánimo considerablemente —confesó.

—¿Lo ve? —Sonrió Mott—. Puede que las preocupaciones no hayan desaparecido, pero el talante con que debe enfrentarlas es mucho mejor. Y ahora, ¿qué le parece si damos una vueltecita por el Red Hawk?

—Irving, ¿qué hay en ese local, aparte de una exdoncella y un asesino profesional? —quiso saber Clara.

—No lo sé, no he estado allí en los días de mi vida —contestó el joven.

CAPÍTULO IX

Una mujer semidesnuda bailaba una supuesta danza exótica en un escenario semicircular de apenas cinco metros de radio. El público era muy heterogéneo y se veían hombres y mujeres de aspecto realmente sorprendente. Mott y Clara eran casi la excepción a la regla en cuanto a atuendo y tocados personales, aunque también era cierto que nadie les prestó la menor atención.

Mientras contemplaban el espectáculo, Mott, discretamente, miraba a todas partes, al objeto de localizar a Cheston. Pero el asesino no había aparecido aún, y se dijo que era muy probable que tuviese que volver en mejor ocasión.

De pronto, una mujer joven salió al escenario y empezó a quitarse la ropa.

—¡Cielos es Vicky! —exclamó Clara.

—¿Seguro?

—No puedo equivocarme. Irving. Es ella...

Mott llamó a una camarera, pagó la consumición y se puso en pie.

—Vamos —dijo escuetamente.

Clara le siguió sin rechistar. Mott empleó hábilmente unos billetes y así pudieron llegar a un camerino nada acogedor, en el que se colaron sin más trámites.

Vicky Hackles llegó poco después, envuelta en una bata muy usada. Su sorpresa fue enorme al reconocer a Clara.

—Señorita Simms —exclamó.

Clara hizo un gesto con la mano.

—Vicky, le presento al señor Mott, mi abogado —manifestó—. Tiene que hacerle unas preguntas en mi nombre.

Los ojos de la artista se pasaron al rostro de Mott. Éste la estudió a su vez unos segundos. Era una mujer de cuerpo opulento, pelo rubio, muy artificial en su colorido, pero tenía los ojos pequeños, lo que le indicó sentimientos de codicia y desconfianza simultáneos.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó Vicky al cabo.

—Mi cliente será acusada de haber sugestionado al señor Van Hoffen, para que la mencionase en su testamento. ¿Qué sabe usted sobre el particular, Vicky?

—Nada —contestó, rápidamente, la interpelada.

—Está mintiendo. Sabemos que alguien ha hablado con usted, convenciéndola para que declare en el juicio, que mi cliente administró drogas al señor Van Hoffen. Si lo hace así, cometerá perjurio, y eso puede costarle unos años de cárcel. Sea sincera, diga la verdad y todo resultará mejor... para todos, por supuesto.

Hubo un momento de silencio. Clara contemplaba a la otra con toda su atención. Mott esperaba callado.

El joven se dio cuenta de que Vicky sostenía una clara lucha interior consigo misma, entre la codicia por un dinero que estaba seguro, había recibido, y la amenaza que acababa de lanzar. No cabía duda. Vicky había sido sobornada... ¿por quién?

—Si... si digo la verdad, ¿qué me pasará? —preguntó Vicky al cabo.

—Nada. Puede pasarle algo, y nada bueno, si se demuestra que miente... porque usted tendrá que demostrar que mi cliente administró drogas a Van Hoffen. ¿Qué drogas? ¿Cuándo? ¿En qué dosis?

Vicky abrió la boca.

—Maldita sea, no me dijeron nada de eso... —barbotó.

—¿Quién fue el que no se lo dijo? —Sonrió Mott. Clara volvió la cabeza un instante y lanzó un chillido al ver la mano armada con una pistola que asomaba por el hueco.

Vicky emitió un alarido de terror. Mott giró también la cabeza. Durante una fracción de segundo, pudo ver el largo tubo del cartón de la pistola, del que brotaron con gran rapidez tres pequeñas llamaradas, sin apenas ruido.

La artista retrocedió con gran violencia, chocó contra un biombo y lo derribó aparatosamente. Mott reaccionó fulminante y se abalanzó sobre la puerta.

El asesino, evidentemente, no esperaba un gesto semejante y tardó unos segundos en adaptarse a la nueva situación. Pero ya era tarde: la mano del joven desvió la pistola y luego, su puño derecho, se disparó con indescriptible violencia contra un rostro redondito y sonrojado.

Dude Cheston cayó fulminado en la entrada. Mott le con templó unos instantes.

—Ahora sabremos por qué tuviste que asesinar a Heldon —murmuró.

La voz de Clara resonó bruscamente a sus espaldas, con trémolos de abatimiento.

—¡Irving, está muerta!

Mott se volvió, con el rostro cubierto de sombras.

Vicky aparecía completamente inmóvil, con la cara tan blanca como rojo era ahora su pecho desnudo, después de abrirse la bata que había llevado puesta. Amargamente, tuvo que reconocer la mortífera puntería del hombre que yacía sin sentido a sus pies.

—Es preciso avisar a la policía —resolvió.

* * *

El oficial que mandaba las fuerzas que habían acudido tras la llamada del abogado, decidió que lo mejor era salir por la trasera del edificio. Había una gran cantidad de curiosos y reinaba una excitación singular, que no resultaba nada conveniente en aquellos momentos.

Algunos, incluso, hablaban abiertamente de linchar a Cheston. Mott supo así que, pese a sus defectos, Vicky había sido muy estimada por el público del Red Hawk. Era algo que no se hubiera imaginado cuando estaba hablando con ella.

El oficial de policía lo advirtió también, y tomó aquella decisión que al joven le pareció sumamente sensata. Mott tenía que ir a la jefatura a declarar, lo mismo que Clara. No se sentía especialmente feliz, pero tenía que hacerlo.

Cuando salían, el asesino le miró largamente. Del rostro de Cheston había desaparecido ya aquella expresión bonachona y afable que ofrecía en todo momento.

Mott se estremeció. Los ojos del sujeto le parecían los de un auténtico demonio, aunque no dijo nada.

Salieron en grupo. Había afuera un par de coches de la policía. La calle posterior estaba apenas transitada, dado que el público se agolpaba ante la fachada delantera del edificio.

Dos policías empujaron a Cheston hacia uno de los coches. En aquel instante se oyó una seca detonación.

Fue como un latigazo, un vibrante estallido que acalló en el acto los leves rumores que se producían en aquel lugar.

Horrorizado. Mott vio que Cheston doblaba las rodillas. De la parte posterior de su cráneo, empezó a brotar la sangre. Los policías, impresionados, le soltaron, y el asesino se desplomó hecho un ovillo, junto a la abierta portezuela del coche.

Siguieron unos minutos de total confusión. Todos los agentes que estaban en aquel lugar se lanzaron en persecución del autor del disparo. Pero sus esfuerzos resultaron un completo fracaso.

El oficial de policía dijo a Mott que fuese al día siguiente. Mott acogió la decisión con notorio alivio.

—Le acompañaré a casa. Clara —dijo.

La joven asintió. Momentos después. Mott hacía arrancar su coche.

Durante largo rato, se mantuvieron en silencio. De pronto, Clara se tapó el rostro con las manos.

—Es más de lo que puedo soportar —murmuró, terriblemente acongojada—. Estoy acostumbrada a ver morir a las personas, pero no a los asesinatos.

—Comprendo que tiene razón, pero no debe dejar llevarse por el desánimo. Usted es una mujer fuerte. Clara; siga adelante...

—¿Hasta cuándo. Irving?

—Cuando se celebre el juicio, todo habrá acabado, en un sentido u otro, aunque espero demostrar que no hay irregularidades en el testamento de Van Hoffen. Entonces, todo habrá acabado.

—Venderé la casa —anunció ella—. No quiero seguir viviendo ahí un minuto más de lo absolutamente necesario. Y si aparecen esas malditas películas, no me importará en absoluto. Que carguen con sus culpas quienes hayan cometido acciones indignas. ¿Por qué he de sufrir yo a causa de unos hechos que me resultan absolutamente ajenos?

—Es un punto de vista totalmente comprensible —aprobó Mott—. De todos modos, no tome decisiones precipitadas.

—Hay tiempo de pensar las cosas, en efecto —suspiró Clara—. Irving, ¿por qué han tenido que asesinar a Vicky? Su muerte les perjudica enormemente; iba a declarar contra mí y ya no disponen de un testigo favorable a sus intereses.

—Ahora habría resultado un testigo perjudicial. Para ellos, sean quienes sean, Vicky está mejor muerta que viva.

—¿Y Cheston?

—Cometió el error de dejarse sorprender.

—Ahí, por lo visto, el que falla paga con la vida.

—Ni más ni menos. Clara.

La conversación languideció y guardaron silencio hasta que llegaron a la casa. En la puerta, Clara se volvió hacia el joven.

—Estoy segura de que necesita un trago, Irving —inquirió con una pálida sonrisa.

—No me vendría mal, en efecto —inquirió él.

Momentos después. Clara ponía una copa en manos del joven. Ella bebió un poco de la suya, y luego respiró profundamente.

—Me ha sentado bien —sonrió.

—Lo celebro. No tome un sedante ahora.

—Ni se me ocurriría. Estaré desvelada un rato y luego me dormiré como un tronco...

Los ojos femeninos brillaban de un modo singular. Mott dejó su copa a un lado y, acercándose a ella, le puso las manos en la cintura.

—Irving... —suspiró Clara.

Mott la besó suavemente en los labios.

—Si insistiera, ¿qué pasaría. Clara?

Hubo un momento de silencio. Mott se dio cuenta de las vacilaciones de la muchacha.

—Será mejor que no insista —concluyó, y se separó de ella.

Clara, sonrió, pero no pronunció ni una sola palabra. Mott se encaminó hacia la puerta a grandes zancadas.

Era la mejor forma de vencer la tentación, se dijo.

* * *

Leyó los periódicos por la mañana y, aunque vio su nombre y sintió desagrado, comprendió que era algo inevitable y que debía tomarlo con resignación.

Por fortuna, no mencionaban los motivos de su presencia en el local. Sólo decían que, en compañía de Clara, había ido a saludar a una antigua conocida, de la que ignoraban sus andanzas en ciertos ambientes. Otros, sin embargo, pensó, si sabían por qué había ido a hablar con Vicky Hackles.

El teléfono sonó de pronto, arrancándole de sus meditaciones.

—Mott —dijo.

—Irving, soy Ursula. Quiero hablar con usted —declaró la joven.

—¿Aquí o en su casa?

—En mi casa.

—Está bien. Me tendrá allí, antes de media hora. Supongo que piensa decirme algo importante. Ursula.

—Es posible —comentó ella con acento intrascendente—. No tarde, por favor.

—Descuide —contestó Mott.

Mientras terminaba de arreglarse, se preguntó qué cosa tan importante tenía que decirle Ursula. No tardaría en salir de dudas, pensó, cuando ya abría la puerta de su casa.

CAPÍTULO X

Ursula le recibió con un sencillo atuendo, casi deportivo, la cara limpia de maquillaje y el pelo suelto. Ofrecía así un aspecto mucho más agradable que cuando actuaba en el Flyng Horse.

—Está preciosa —ponderó sin poder contenerse.

—¿Trata de halagarme en beneficio de su cliente? —rió ella.

—Se debe decir la verdad siempre y con absoluto desinterés. Hágase cuenta de que somos dos amigos, pertenecientes a equipos rivales. En la cancha de juego, lucharemos ferozmente por ganar. Fuera, nos divertiremos juntos...

—No siga con metáforas. Irving. Esto no es divertido precisamente.

—Lo sé. Ursula.

Ella tenía dispuesta una cafetera y llenó dos tazas, sentándose a continuación frente al visitante, con las rodillas muy juntas.

—Si duda de mi sinceridad al despedir a Sharkey, está en un error. No fue una comedia —manifestó.

—Lo celebro —contestó el joven.

—Le apreciaba mucho. Es un hombre activo, diligente, y llevaba muy bien el negocio. Pero hacía tiempo que veía en él otras cualidades que empezaban a preocuparme.

—¿Por ejemplo?

—Es difícil concretar. Le preguntaba, pero él contestaba siempre con evasivas. Además, empezaban a acudir tipos raros por el local, y eso no me gustaba, pero él decía que era preciso cerrar los ojos en ocasiones, si se quería ganar dinero.

—¿La ha estafado en las cuentas?

—Aparentemente todo está bien. Sin embargo, he entregado los libros a un censor jurado. Quiero conocer la realidad.

—Ha hecho bien —aprobó Mott.

—Irving —dijo ella—, ¿está seguro de que fue Sharkey el que ordenó la muerte de Ruth Egan?

Mott se retrepó en el diván en el que se hallaba sentado, y cruzó las piernas.

—Ursula, escúcheme un momento —pidió—. Voy a contarle algo, y le advierto de antemano que no hay un solo gramo de fantasía en mi relato. Después, usted misma juzgará, ¿comprendido?

—Adelante —asintió ella.

Mott le relató lo sucedido con Boston Kid. Cuando terminó. Ursula se sentía estupefacta.

—Nunca hubiese podido imaginarme...

—No tengo el menor interés en engañarla. Boston Kid dijo bien claro que había sido Sharkey quien le ordenó asesinar a Ruth Egan.

—¿Debo sospechar que también a Sharkey le interesan las películas y fotografías

que hizo tomar mi padre de sus clientes?

—Parece lo más lógico. ¿Qué haría usted si las encontrase?

Ursula se mordió los labios, indecisa. Estuvo así unos momentos y luego, de pronto, se levantó y empezó a dar paseos por la sala.

Mott respetó su silencio. Claramente se dio cuenta de que la mujer sostenía una lucha consigo misma, y se dijo que lo más discreto era esperar a que ella tomase una decisión.

Bruscamente. Ursula se detuvo y le miró fijamente.

—Irving, yo odiaba a mi padre —confesó.

Mott respingó.

—Una hija no debe abrigar jamás ciertos sentimientos...

Ella rió agriamente.

—¿Por qué iba a tenerle afecto? —contestó—. Usted no sabe lo que es una infancia miserable, pasando hambre, mal vestida, viviendo en tugurios asquerosos... Cuando me desarrollé, los hombres me acosaban como bestias en celo... Yo veía a niñas de mi edad, bien vestidas, acompañadas por sus padres; iban a colegios, caros o no tan caros, donde se educaban... A mí me habría gustado estudiar, conseguir un título, ejercer una profesión... en lugar de tener que acostarme con los hombres para poder llenar el estómago... Mi padre se olvidó por completo de nosotras, es decir, de mi madre y de mí... ¿Sabe lo que hacía mi madre para poder darme de comer?

—No siga, por favor —rogó el joven.

—Tiene que saberlo todo —insistió Ursula—. A mi madre la degolló un cliente borracho. ¿Cree que el cerdo de Van Hoffen lo sintió? Ni siquiera envió un triste ramo de flores ajadas... Tuve que aprender a vivir por mi cuenta y, en lugar de ir a un colegio donde educarme, aprender en la vida por mí misma.

—Ahora tiene una posición, me parece.

—Conseguida con mi propio esfuerzo y no gracias a la ayuda de mi padre. Es cierto que en los últimos años trató de congraciarse conmigo, pero yo empezaba a salir del pozo en el que había estado sumida hasta entonces, y lo envié al diablo.

—Sin embargo, ha aceptado la herencia. Es más, incluso está dispuesta a pleitear con la coheredera.

—Es algo que me pertenece. Irving. Pero no quise aceptar de él ni un centavo mientras vivía —se defendió Ursula, enérgicamente.

—Bien, de veras lamento su desgracia. Pero el pleito puede tener malas consecuencias para usted.

—¿Por qué?

—Parece ser que la testigo, que iba a declarar contra mi cliente, ya no podrá hacerlo.

—Lo sé, anoche la asesinaron.

—Y al asesino, también. No obstante, antes de morir, supimos que Vicky había aceptado dinero por declarar falsamente...

—¿Quién se lo dio?

—No tuvo tiempo de decirlo. ¿Se le ocurre a usted algún nombre?

Ursula sacudió la cabeza.

—Irving, quiero que sepa una cosa: en este asunto, he obrado siempre de buena fe —declaró.

—Pero mal aconsejada.

—Lo admito. Sin embargo, las cosas se pueden enderezar, ¿no le parece?

—En efecto. Hay un procedimiento, Ursula.

—¿Cuál, Irving?

—Desista del pleito. Retire la demanda.

—Lo siento. Seguiré hasta el fin. Confío en que, pese a todo, podré obtener una sentencia favorable.

Mott se puso en pie.

—Creo recordar que me llamó porque tenía algo interesante que decirme —manifestó.

—Busque las fotografías. Están en la casa...

—¿Seguro?

—¿Se le ha ocurrido buscar siquiera las cámaras?

Mott parpadeó.

—Es cierto. Se me pasó por alto —admitió.

—La casa es muy grande. Hay demasiados recovecos, pero todo se puede conseguir con un poco de paciencia, Irving.

—Diríase que usted conoce el edificio...

Ursula sonrió maliciosamente.

—Una vez estuve allí, como «invitada» —contestó—. Naturalmente él no me conocía, sólo me vio un par de veces mucho después, pero no mencionó nunca el incidente. Es un gesto que debo reconocer.

—Así que estuvo allí...

—Mi padre tenía un «agente», Elmo Harriman. Cuando me buscó, desconocía mi identidad. Por cierto, le convendría hablar con Harriman. Sabe muchas cosas de lo que sucedía en South Green Hill. No perdería el tiempo, creo.

—Lo tendré en cuenta —dijo Mott.

Minutos más tarde salía a la calle, un tanto desconcertado por el cambio de actitud de Ursula. Sin embargo, insistía en mantener la demanda. ¿Eran ciertos sus propósitos de convertir South Green Hill en un centro de «recreo y descanso»?

Aún no había hablado con Nellie Crandall, la cocinera, y pensó que era algo que debía hacer inmediatamente.

* * *

Cuando llegaba a las inmediaciones de la casa de la antigua cocinera, vio a una

hermosa joven que se apeaba de un taxi.

Inmediatamente la reconoció y pronunció su nombre en voz lo suficientemente alta para ser oído por ella:

—¡Clara!

Ella se volvió en el acto, sorprendida. Mott aceleró al paso.

—Va a hablar con Nellie, supongo —dijo.

—Pensaba comunicarle a usted más tarde lo que Nellie pudiera decirme —contestó la joven.

—Gracias, pero ¿por qué no vamos los dos? ¿O prefiere verse con ella a solas?

—No tengo nada que ocultar. Todo cuanto pueda decir de mí, en sentido negativo, es falso.

—Lo celebro infinito. Cuando hayamos terminado con Nellie, le contaré mi entrevista con Ursula Van Hoffen.

Clara, sorprendida, se volvió hacia el abogado.

—¿Ha estado con ella?

—Me llamó personalmente. No pude negarme, ni lo creí conveniente.

—Está bien, ya me lo dirá después. ¿Subimos a ver a Nellie?

—Desde luego.

La antigua cocinera vivía en una casa de apartamentos, de aspecto más bien modesto. Cuando acometían el primer tramo de escalera, vieron descender a dos individuos.

Uno de ellos era de mediana estatura, y tenía el labio superior adornado por un enorme bigote. El otro era un sujeto un poco más alto, pero de una corpulencia tal, que habrían podido hacerse dos como su acompañante. Por si fuese poco, tenía el cráneo completamente afeitado y también usaba bigote, pero más delgado, con las guías largas y muy caídas, a estilo oriental.

Clara se estremeció al verlos.

—Ese tipo parece sacado de una película de miedo —dijo.

El hombre del cráneo pelado, lanzó una estruendosa carcajada al llegar al vestíbulo.

—Hay tipos pintorescos, a quienes les gusta adoptar de terminada apariencia. En general, son gente de buen humor —contestó Mott.

—Pero ése asustaría... al miedo.

—Entonces, habría que pedirle protección en caso de apuro, ¿no le parece?

La casa carecía de ascensor y subieron a pie. Durante el trayecto. Mott mencionó el dato facilitado por Ursula acerca de las cámaras ocultas.

—No he podido ver ninguna —declaró la muchacha—. Tienen que estar muy bien disimuladas...

—Un día de éstos pasaré yo por su casa, para emprender una búsqueda a fondo —anunció Mott—. ¿Qué le parecería el domingo?

—Diré a Hettie que ponga un cubierto más para el almuerzo —sonrió Clara.

—Acepto encantado —contestó él, de inmediato.

Momentos después, llegaban a la puerta del apartamento donde vivía Nellie Crandall. De pronto Mott meneó la cabeza.

—¿Ocurre algo? —preguntó Clara.

—No sé... Estaba pensando en los tipos con los que nos cruzamos... Me pareció que conocía a unos de ellos, el forzudo no, desde luego. Es la primera vez que lo veía...

Clara pulsó el llamador y aguardaron unos momentos, pero no contestó nadie.

—Habrás salido —supuso el joven.

—No lo creo. Hablé con ella por teléfono, y acordamos que me esperaría —manifestó ella.

Clara insistió. Mott volvió a sacudir la cabeza.

—Quizá está en el baño...

De pronto. Clara asió el tirador y lo hizo girar. La puerta no estaba cerrada con llave.

—Esto no me gusta nada —masculló—. Nellie será una mujer muy precavida y no habría dejado la puerta abierta sin poner el seguro, aún sabiendo que usted tenía que venir a verla.

Mott se notó acometido por un siniestro presentimiento. Apartando a la joven a un lado, penetró en el apartamento con paso decidido, pero se detuvo a un par de metros del umbral.

—Clara, no entre —indicó—. Nellie está muerta.

Ella emitió un gemido de horror. Mott apretó los puños primero y luego se volvió de espaldas, para no contemplar el horrible espectáculo que ofrecía la antigua cocinera de South Green Hill.

Había sido estrangulada con un cordón de seda, que se advertía profundamente hincado en la carne de su grueso cuello, ya que había sido una mujer muy llena de carnes. Mott vio también algunos arañazos en la piel, lo que le reveló que Nellie había intentado en vano zafarse del lazo mortífero.

De pronto Clara se puso las manos en el rostro y empezó a sollozar.

—¿Por qué? —gimió—. ¿Por qué estos crímenes. Irving?

Mott, compasivo, rodeó sus hombros con un brazo.

—Creo tener una hipótesis, pero no es éste el mejor momento para exponerla —respondió—. Tendremos que avisar a la policía y...

Súbitamente, lanzó una exclamación:

—¡Ahora sé quién era el tipo que acompañaba al forzudo de la cabeza monda!

Clara olvidó por un momento sus preocupaciones y se volvió hacia el abogado.

—¿Quién era. Irving?

—Boston Kid —contestó Mott, sin pestañear.

CAPÍTULO XI

Mott puso delante de Clara una taza humeante.

—He añadido unas gotas de coñac —indicó.

Ella hizo un silencioso gesto de aceptación y tomó unos sorbos. Luego anunció:

—He desistido de mis proyectos. Irving.

—¿Proyectos? ¿Por qué? —preguntó él, intrigado.

—Me refiero a la casa que heredé. Había cambiado impresiones con un alto cargo del hospital y, en principio, se mostró de acuerdo. Yo pensaba convertir a South Green Hill en un centro de convalecencia y recuperación, bajo mi dirección administrativa, aunque contaría con médicos que atendiesen a los pacientes que quisieran terminar de curarse en aquel ambiente.

—No era mala idea, en efecto. Pero ¿qué le ha hecho cambiar de actitud?

—El mismo hospital. ¿Ya no se acuerda de que me han despedido?

Mott asintió.

—No lo he olvidado, y si me lo permite, le daré un consejo.

—Hable. Irving.

—Venda la casa... si gana el pleito.

—¿Cómo? —Respondió Clara—. ¿Es que usted ya no confía en ganar?

Mott hizo un gesto de pesar.

—Antes hablé de una hipótesis, y aún no he dicho nada al respecto. Lamento tener que decírselo, pero un abogado debe ser absolutamente sincero con el cliente. La exdoncella fue asesinada. Iba a declarar contra usted. Nellie también ha muerto. Su declaración podía ser favorable, pero eso es algo que nunca se sabrá...

—Nellie fue siempre una sirvienta fiel y leal —protestó la joven.

—Puede ser, pero ahora están las dos muertas, y eran las armas con que la demandante pensaba probar que usted «sugestionó» a Van Hoffen. Ahora, lógicamente, pensarán que las hizo asesinar, para no perder la propiedad.

Clara se puso una mano en el pecho.

—¡Dios mío! No puede ser... No pueden pensar de mí una cosa tan monstruosa...

—Se puede evitar una declaración pública, sin pruebas, pero no se pueden poner límites al pensamiento —advirtió el joven, sentenciosamente.

—En tal caso, el juez sospechando que obré irregularmente, podría dictar una sentencia favorable a Ursula.

—No habrá pruebas contra usted, pero la idea de que quiso eliminar a esas pruebas a toda costa, flotará en la sala durante todo el juicio.

—No hay jurados. Irving. Es un pleito civil.

—Sí, pero... Las cosas, aunque parezcan lo contrario, habrían resultado mejor para nosotros, si esas dos pobres mujeres siguieran con vida. Yo podría haber rebatido la declaración de la doncella, pero ahora, si está muerta, ¿cómo

contradecirla?

Clara pareció abatirse en su asiento.

—Dije en cierta ocasión que pensaba abandonar esta casa y lo haré, tanto si gano, como si pierdo. Para mí, es ya un lugar maldito, y no quiero vivir en él un minuto más de lo necesario. Incluso me iría ahora...

—No puede hacerlo. Clara.

—¿Por qué?

—Antes es preciso que encontremos las cámaras y las películas.

—Francamente —contestó Clara—, yo ya no sé dónde buscar. He recorrido la casa desde el tejado a los cimientos y, como mencionamos en una ocasión, sólo falta demolerla por completo, para encontrar lo que buscamos.

Mott consultó su reloj de pulsera.

—Acordamos que me invitaría a almorzar el domingo —recordó—. Hoy es viernes, de modo que faltan solamente dos días. Anticiparía el almuerzo para mañana, pero quiero hacer una cosa sin falta. Clara, una cámara, por pequeña que sea, no se esconde tan fácilmente. Tiene que estar muy bien disimulada y... En fin, es inútil seguir hablando más del tema. Sólo queda que actuar, y es lo que haremos el domingo.

—De acuerdo. ¿Y mañana usted...?

—Ahora ya sabemos que fueron Boston Kid y el otro quienes asesinaron a Nellie. Buscaré a uno de esos dos tipos para preguntarles quién les ordenó cometer ese crimen.

—Puede resultar peligroso —se estremeció la muchacha.

—No tema —sonrió él—. Saldré adelante, se lo aseguro.

Mott acompañó a la muchacha a su casa, después de declarar ante la policía, y consideró que había llegado la hora de retirarse.

—Nos veremos el domingo de nuevo —se despidió.

CAPÍTULO XII

Le había costado casi todo el día, pero, al fin, encontró a la persona a quien buscaba. El tiempo estaba lluvioso, aunque con intermitencias, de modo que había juzgado conveniente usar un impermeable.

Además, se había puesto un sombrero y llevaba unos lentes de color, lo que, en su opinión, le hacía irreconocible a primera vista. El asesino estaba hablando con una mujer, en la puerta de un bar, y Mott logró captar las últimas frases del diálogo.

—Ve andando, te alcanzaré en seguida —dijo el pistolero—. Tengo que hacer una llamada...

—Puedes usar mi teléfono —indicó la mujer.

—Gracias, me gusta hablar sin testigos.

Boston Kid dio media vuelta y entró en el bar. Mott alargó el paso y se situó junto a la mujer.

—No te molestes, guapo —dijo ella—. Ya tengo un compromiso...

Impasible. Mott le enseñó un rollo de billetes.

Ella frunció el ceño.

—No me gusta cancelar...

—No vas a cancelar el compromiso. Sólo te pido que me permitas aguardar a Boston en tu apartamento.

—¿Qué diablos pretendes? ¿Eres un «poli»?

—No te preocupes. Además, si luego te reprocha algo, dile que te amenacé con una pistola.

La mujer se apoderó de los billetes de un manotazo.

—Cada vez que pienso que tengo que dar gusto a tipos como Boston Kid, se me revuelven las tripas. Pero no tengo otro remedio, ¿comprendes?

—Sí, la vida es un asco —contestó Mott, filósofo—. ¿Cómo te llamas?

—Rosie. ¿Quieres más detalles?

—Es suficiente. Rosie.

—No me has dicho tu nombre...

—Johnny —mintió el abogado, descaradamente.

Ella le miró un instante y luego se encogió de hombros.

—Por mí, como si quieres llamarte Abraham Lincoln —dijo con indiferencia.

Era una mujer guapa, joven aún, pero gastada por la vida y con el ánimo encallecido. Mott se dijo que era inútil andar con sentimentalismos. Había cosas que él no podía remediar aunque lo intentase.

«Sí, la vida es un asco», repitió mentalmente.

Apenas diez minutos más tarde, el pistolero llamó a la puerta del apartamento de Rosie. Mott en persona se encargó de abrir, aunque situado al otro lado de la puerta. El pistolero dio un par de pasos en el interior, antes de percatarse de que no era Rosie quien le había abierto.

Entonces, creyó que le caía encima una tonelada de ladrillos. Ni siquiera se dio cuenta de que se desplomaba de bruces al suelo.

* * *

Mott registró al desvanecido individuo y le encontró encima un fajo de billetes verdaderamente impresionante. La dueña del apartamento le contemplaba con aprensión.

El fajo de billetes voló por los aires, y fue a parar al regazo de Rosie.

—Pon algo de ropa en una maleta y lárgate —ordenó el joven, perentoriamente—. Puedes permanecer ausente unos cuantos días; creo que tienes más que suficiente para pasar los sin agobios.

Rosie silbó.

—¡Hay casi tres mil dólares! —exclamó.

—Boston Kid es un tipo caro —rió el joven.

Rosie actuó con celeridad y, antes de diez minutos, había abandonado el apartamento. Mott esperó pacientemente a que el pistolero recobrase el conocimiento, lo que sucedió a los pocos momentos.

Aturdido y desconcertado. Boston Kid se sentó en el suelo. Cuando se dio cuenta de la situación, vio a Mott sentado frente a él, con una pistola en la mano derecha y la navaja en la izquierda.

La pistola le apuntó de súbito a la frente.

—Te pusiste un bigote postizo, pero el de Boro no lo era —dijo ceñudamente—. ¿Quién os pagó para matar a Nellie Crandall?

—¿Se atrevería a disparar? —Respingó el sujeto.

Mott guardó la navaja y asió la pistola con ambas manos. Su dedo índice empezó a curvarse sobre el gatillo.

—Tienes una fama pésima. Siempre diría que tuve que defenderme de ti. Puede que yo padeciese algunos inconvenientes, pero tú no estarías vivo para contradecirme. Lo entiendes, supongo.

En los ojos del pistolero apareció el pánico.

—Por todos los diablos, no tire —suplicó—. Le diré lo que sea... No es mucho... Fue Boro el que tenía que matar a la señora Crandall. Sólo me pidió que le acompañase, para evitar problemas...

—¿Lo hizo él?

—Sí. Yo me quedé en la puerta... Se lo juro por lo más sagrado...

Mott le miró despectivamente.

—¿Qué entenderás tú por sagrado? —Masculló—. ¿Quién le dio a Boro la orden de estrangular a la señora Crandall?

—Sharkey —contestó el pistolero, instantáneamente.

—Tengo la impresión de que hay alguien por encima de Sharkey. ¿Qué sabes al

respecto?

Boston Kid se encogió de hombros.

—¿Por qué no se lo pregunta a él?

—Descuida, se lo preguntaré.

Mott se puso en pie y miró severamente al asesino.

—Levántate.

Boston Kid obedeció. Un puño le golpeó por segunda vez en la misma noche, pero ahora en el mentón, haciéndole caer sin conocimiento.

A continuación, Mott limpió sus huellas de las armas y las dejó junto al cuerpo del pistolero. Llamaría a la policía, aunque tenía la sensación de que lo soltarían muy pronto.

—Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? —se dijo, desalentado.

Sabía quién era el asesino de la señora Crandall: sin embargo, no podía probarlo.

La única ventaja que podía conseguir en aquel caso era encontrar las cámaras y las películas. Una vez en su poder, Sharkey, y quienes le apoyaban, ya no podrían hacer nada.

Y tampoco nadie, a fin de cuentas, podría demostrar que Clara había actuado maliciosamente para que Van Hoffen la mencionase en su testamento y, por tanto, la casa seguiría en su poder.

* * *

Terminado el almuerzo. Mott apoyó los codos sobre la mesa y miró sonriente a la joven.

—Tienes una cocinera magnífica. En tu lugar, yo la des pediría inmediatamente —opinó.

Clara alzó las cejas.

—¿Por qué? Aprecio muchísimo a Hettie...

—Cuando te haga ganar un montón de kilos en un mes, la odiarás a muerte.

Ella comprendió y se echó a reír.

—Puedo mantener mi silueta sin dificultad —respondió—. Irving, hace más de media hora que estás en casa y aún no me has dicho nada —agregó, en tono de reproche.

—Sí, tengo algo que contarte. Por ejemplo, estuve hablando con Boston Kid, pero apenas saqué algo en limpio, excepto que fue con Boro para «vigilar» mientras él estrangulaba a la pobre Nellie. Un favor entre «colegas», ¿entiendes?

—Siento escalofríos cada vez que pienso en una cosa semejante —manifestó Clara—. ¿Existen seres capaces de estrangular a una persona a sangre fría?

—Sammy Boro, por desgracia, es uno de esos ejemplares.

—¿Cómo conoces su nombre?

—Se lo pregunté el mismo día a mi amigo el periodista. Smithers conoce gran

cantidad de gente y lo identificó en el acto, apenas le di su descripción. Boro emplea siempre las manos o, a lo sumo, una cuerda.

—Un sádico, en suma.

—No te quepa la menor duda. —Mott se puso en pie—. ¿Cuándo empezamos, Clara?

—Por mí, ahora mismo, aunque dudo mucho...

—Tenemos todo el día y toda la noche, y todo el día de mañana y todos los días que sean necesarios. Anda, vamos ya —apremió Mott con firme acento.

Clara se dejó llevar hasta el primer piso. Mott abrió la puerta más próxima al final de la escalera, y contempló con ojos extrañados el interior de la estancia.

—Creí que te habías cambiado ya de dormitorio —comentó.

La escalera de mano seguía en el mismo sitio y la cinta métrica colgada parcialmente fuera de su alojamiento. Clara respondió:

—Sinceramente, no tenía ganas de mudanzas ni de pensar en la decoración. Además, aún no sé si me quedaré a vivir definitivamente en la casa...

Mott guardó silencio, con los ojos entornados, observaba la vacía estancia, en la que notaba algo que no le parecía lógico.

Clara le contemplaba expectante, aunque sin atreverse a interrumpirle. De pronto, Mott avanzó unos pasos, se apoderó de la cinta métrica y la extendió para tomar la medida de la anchura del dormitorio.

Luego salió fuera y comparó las medidas interiores con las exteriores. A continuación, entró por segunda vez y golpeó una de las paredes laterales con el puño.

El golpe produjo un sonido peculiar. Clara dio un respingo.

—¡Suenan hueco! —chilló.

Mott sonrió satisfecho. Creía haber descubierto el secreto.

—Me pareció que la habitación era más estrecha interiormente que en el exterior y por eso empecé a tomar medidas. En el interior, la anchura es de seis metros. Las medidas exteriores son de siete y veinte centímetros.

—¿Entonces...? —inquirió Clara, ansiosamente.

Mott dejó la cinta métrica a un lado y empezó a tantear la pared más próxima a la escalera. De pronto, notó una ligera protuberancia en el empapelado, y apretó a fondo.

Se oyó un ligero chasquido. Una puerta giró a un lado y dejó ver un hueco negro.

—Clara, una linterna, por favor —pidió.

La joven echó a correr inmediatamente, para regresar a los pocos momentos. Mott tomó la linterna y, seguido por Clara, pasó al otro lado.

Durante un tiempo interminable, estuvieron recorriendo pasadizos que parecían no tener fin. La anchura media era de unos sesenta centímetros, lo que les permitía caminar sin dificultades, aunque no emparejados. De cuando en cuando, a trechos regulares, encontraban cámaras cinematográficas sobre soportes que les conferían

una compleja estabilidad.

Todos los pasadizos se comunicaban entre sí. Había una escalera que conducía a los del segundo piso, en el que encontraron una disposición semejante. Finalmente, dieron con una habitación secreta, situada en el ático, donde había una instalación completa de control, con consola de mandos y numerosos monitores para vigilar cada cámara. Había allí también un enorme armario, que estaba repleto de cintas grabadas, desde el techo hasta el suelo.

—Esto es algo increíble —comentó la joven más tarde—. Nunca pude sospechar...

—Van Hoffen obraba con absoluta discreción. Posible mente, nadie más que él conocía el secreto de los pasadizos y la instalación de las cámaras.

—Y cuando terminaban las sesiones de juego, dejaba que los invitados fuesen atendidos por las «azafatas», y él subía aquí para el control de las grabaciones.

—Exactamente.

Clara se volvió repentinamente hacia el joven.

—Tenemos que destruir esto —dijo con resolución.

—Tú eres la dueña —respondió Mott.

—No me gusta lo que sucedía aquí, pero tampoco voy a aprovecharme de ciertas debilidades humanas, Irving.

—Me parece muy bien, sobre todo, pensando que algunos de los perjudicados, viéndose ya perdido, pudiera tomar venganza en la autora de sus males. Ahora, a lo que parece, no lo saben, o ya habríamos padecido muchos más inconvenientes de los sufridos. Pero entre todos los «clientes» de Van Hoffen, habrá, seguramente, alguno con un genio de mil diablos.

—Es de suponer —convino la muchacha—, pero ¿cómo grababan las cámaras? El cuerpo estaba oculto, indudable mente; sin embargo, el objetivo, tenía que asomar al exterior, para captar imágenes.

Mott hizo un gesto con el índice.

—Ven.

Ella le siguió por el mismo camino, ahora sin necesidad de la linterna, ya que habían dado con el interruptor que encendía las luces situadas en los distintos pasadizos. Al llegar a la puerta de la habitación donde Clara había pensado instalar su dormitorio, y que era la única de aquel sistema, Mott encontró otro interruptor y apagó las luces.

—Van Hoffen dormía aquí, creo —indicó.

—Sí, confirmó ella.

—Bien, de este modo, nadie podía adivinar el truco ni encontrar, por casualidad, la puerta secreta. Desde arriba, controlaba las cámaras que pueden moverse en la dirección adecuada, así como el enfoque apropiado. Y si te fijas en esta zona del papel de la pared —señaló con la mano—, verás que el objetivo queda completamente disimulado por el mismo dibujo del decorado.

Los dibujos del papel consistían en enormes flores, cuyo cáliz tenía un aspecto peculiar. Clara fue a decir algo, pero en aquel momento, se percibió un extraño ruido en la planta baja.

—Voy a ver qué pasa —dijo.

Mott quedó en la estancia, con las manos en los costados, contemplando el lugar desde el cual se habían filmado escenas harto inconvenientes. Se preguntó por qué Van Hoffen había tenido una cámara en su propia habitación, si lo que le interesaba era registrar las acciones de otras personas.

—Tal vez, en alguna ocasión, vino una dama de relieve y quiso asegurarse de que algún día podría tenerla bajo su poder —opinó a media voz—. Con una filmación erótica en sus manos, ella hubiese hecho todo lo que él le hubiese ordenado...

Una voz de tonos sarcásticos resonó de pronto en el umbral de la estancia.

—¿Le gustan los dibujos del empapelado?

Mott se volvió lentamente. Apretó las mandíbulas.

Sharkey aparecía en la entrada, sonriendo irónicamente. A su lado. Boro sostenía a la joven, sujetándola por un brazo, mientras que con la mano libre le acariciaba malignamente la garganta.

—Abogado, tengo la impresión de que han encontrado las películas —dijo Sharkey en un profundo silencio—. Dígame dónde están o mi amigo Boro romperá sin la menor dificultad el precioso cuello de su amiguita.

CAPÍTULO XIII

Los ojos de Clara estaban llenos de lágrimas.

—Han sorprendido a Hettie...

—No está muerta, si eso es lo que le preocupa —manifestó Sharkey—. Pero no podíamos consentir que nos estorbase.

—Los perros... —murmuró el joven.

—Están en su recinto. Han ladrado, pero nosotros no los oímos... ya sabes por qué —dijo Clara.

Mott asintió. Debía ser cuando ellos estaban en los pasadizos. Sharkey y sus esbirros habían llegado por sorpresa, y Hettie no había tenido tiempo de defenderse.

—Vamos, abogado —apremió Sharkey, impaciente—. Decídase de una vez.

—¿Dónde está Boston Kid? —preguntó Mott.

—Se había convertido ya en un tipo peligroso.

Mott comprendió en el acto lo ocurrido.

—Boro lo encontró, ¿eh?

—Era un buen amigo —dijo el forzudo, con simulado pesar.

—Lo mismo que Cheston, ¿eh?

—A veces, es preciso realizar grandes sacrificios —dijo Sharkey, cínicamente.

—No cabe la menor duda —aceptó Irving—. Ed. dígame una cosa, por favor, ¿para quién trabaja? ¿Quién está por encima de usted?

El sujeto lanzó una atronadora carcajada.

—Dice quién está por encima de mí... ¡No sea idiota, abogado! He podido dar esa impresión, porque me convenía, pero yo soy el que dirige todo el asunto. Nadie me manda, sino yo, ¿comprende?

Mott pensó en Thormond; al parecer, ante la rapidez con que se desencadenaron los acontecimientos, este brillante y enigmático personaje optó por eclipsarse discretamente, que dando en la sombra.

—Bien —dijo—, pero de alguna forma tuvo usted que enterarse de lo que sucedía aquí, de alguna forma.

—Heldon —reveló Sharkey, lacónico.

—Ah, el dueño de la tienda...

—Sí, el autor de la instalación. Era un amigo de Van Hoffen, pero cuando éste murió se sintió despechado, porque no le había dado parte en el negocio. Habló conmigo, un día en que había tomado algunas copas de más y se sentía propicio a las confidencias...

—Comprendo, no siga —cortó Mott—. Sharkey, dígame, ¿era preciso matar a la señora Crandall y a Vicky Hackles?

El individuo se encogió de hombros.

—Hay obstáculos que es preciso apartar como sea —respondió—. La Crandall no quiso tomar parte en el juego. La otra resultó ser lo que podríamos calificar en todo

este asunto un escalón débil.

—Se explica usted muy bien —comentó Irving—. ¿Cuál es el papel de Ursula en todo este asunto?

—No tiene nada que ver. Yo me aproveché de las circunstancias, simplemente. El papel de gerente del Flyng Horse y mi... relación con ella, me ayudaron eficazmente.

—Y la aconsejó para que demandase a Clara...

—No; fue idea suya, aunque, como puede imaginarse, la ayudé con todo entusiasmo. Luego, las cosas empezaron a torcerse, y tuve que seguir actuando por mi cuenta.

—Esperaba que ella consiguiera la casa, para registrarla sin prisas, pero no pudo ser, ¿verdad?

Sharkey sonrió, a la vez que enseñaba las manos.

—Le aseguro que no me iré de vacío —contestó.

Sobrevino un espacio de silencio. De pronto, Sharkey hizo una breve seña a su esbirro.

La mano derecha de Boro empezó a levantarse hacia el cuello de Clara.

* * *

No se percibía el menor sonido. Mott miraba fijamente a Clara; estaba pálida, aunque no parecía demasiado asustada.

La mano de Boro seguía subiendo con gran lentitud, como si el sujeto quisiera disfrutar de la agonía de la muchacha, a la que sujetaba firmemente. De súbito, Clara bajó la cabeza y, con un gesto totalmente imprevisto, mordió la mano del forzudo con todas sus fuerzas.

Boro lanzó un aullido de dolor. Aprovechando su indecisión. Clara se soltó y corrió hacia delante, atropellando a Sharkey en su escapatoria.

Sharkey, desprevenido, cayó con los pies por alto. Clara alcanzó la ventana.

—¡Salta! —gritó el joven, a la vez que se abalanzaba hacia Boro.

La muchacha vaciló.

Dudaba entre escapar o ayudar a Mott, pero éste no se preocupaba ya de ella.

Boro recibió un golpe en la mandíbula y se echó a reír. Mott se metió la mano derecha bajo el sobaco izquierdo.

La mandíbula del hércules parecía de granito, se dijo. El golpe apenas le había movido.

Mott retrocedió. Boro sonreía malignamente.

El forzudo avanzó. Mott chocó contra la pared y se quedó quieto.

Sharkey se echó a reír.

—¡Boro, usa la testa! —exclamó, todavía sentado en el suelo.

La risa del forzudo le pareció a Mott la de una hiena. De súbito, Boro se lanzó hacia delante con tremendo ímpetu.

Mientras corría, bajaba la cabeza. En el último instante. Mott, desesperado, saltó a un lado. Si aquella bestia con figura humana le alcanzaba de lleno, le hundiría la caja torácica.

El hombro derecho de Boro rozó su brazo. La cabeza del forzado, errado el blanco, chocó contra la pared. Inmediata mente se oyó un estrépito terrible.

Parte del tabique que formaba el pasadizo, se derrumbó en medio de una nube de polvo. Los cascos cayeron al suelo con gran aparatosidad.

Boro quedó tendido de bruces sobre el montón de escombros, completamente sin sentido. Sharkey tenía la boca abierta, estupefacto por algo que le resultaba absolutamente inesperado.

De repente, se puso en pie, sacando un revólver del interior de la chaqueta.

—¡Maldita sea, abogado...! No te saldrás con la tuya...

El arma apuntó a Mott. Clara lanzó un chillido de espanto.

En el mismo momento, sonó una detonación.

Mott había cerrado los ojos instintivamente. Le sorprendió no percibir dolor.

Abrió los ojos de nuevo. Bajo el dintel de la puerta, erguida, como una Némesis, con una pistola todavía humeante en la mano derecha, estaba Ursula Van Hoffen.

Sharkey tenía las manos sobre el pecho, del que ya manaba la sangre. Vacilaba, perdiendo fuerzas con gran rapidez. Su revólver había caído al suelo.

Las rodillas de Sharkey se doblaron lentamente, a la vez que giraba hacia su izquierda. Al caer, chocó de cara contra el suelo, pero ya no se movió.

Los ojos de Ursula despedían llamas.

—Abogado, ¿qué alegará ante el tribunal, cuando me juzguen? —preguntó.

Mott respiró profundamente.

—No creo que llegue a comparecer en juicio —respondió.

—Está bien. De todos modos, le encargo oficialmente de mi defensa. Con permiso de la señorita Simms.

—Lo tiene —dijo Clara. Bruscamente, levantó la barbilla—, pero sólo en lo referente a su actuación profesional.

Una ligera sonrisa apareció en los labios de Ursula.

—No pido más —respondió.

Boro empezaba a rebullir. Mott se dirigió hacia la puerta.

—Voy a buscar cuerdas para atarle —manifestó—. Clara, convendría que atendieses a Hettie.

—Es verdad. Lo había olvidado...

La muchacha echó a correr. Mott y Ursula quedaron solos unos instantes.

—Tengo que hacerle una pregunta —dijo él.

—Usted es ya mi abogado. Pregunte todo lo que quiera —contestó Ursula.

Mott señaló con el mentón al inmóvil Sharkey.

—¿Han intervenido los celos en su gesto?

Ella sonrió de un modo especial.

—Busque la respuesta usted mismo, para cuando tenga que defenderme —repuso—. Para eso es mi abogado, supongo. Aunque, de todas formas, le diré que vine para comunicar personalmente a Clara que retiro la demanda.

—Un gesto muy de agradecer —comentó el joven.

Y salió de la estancia, a fin de buscar cuerdas con las que inmovilizar a Boro hasta que llegase la policía.

* * *

—Esta casa tenía mil ojos —comentó Mott al día siguiente, sentado plácidamente en la terraza, junto a Clara—. Cambiará, Irving —aseguró ella.

—¿De qué forma si se puede saber?

—Me han admitido nuevamente en el hospital. Mi proyecto va a ser reconsiderado. Creo que lo llevarán a cabo. —Serás la enfermera jefe...

—Más bien la directora administrativa, como te dije. Pero, en el fondo, no deja de ser un negocio.

—Por supuesto.

—Se atenderá en primer lugar a los casos de personas verdaderamente necesitadas, que serán costeadas por el hospital. Ése es el trato que he establecido con el que va a ser el director sanitario.

—Me parece estupendo. ¿Qué más?

—La residencia, porque lo será a partir de ahora, necesitará alguien que pueda asesorarnos en los aspectos legales. ¿Conoces tú a un buen abogado que quiera defender nuestros intereses?

Al hablar, Clara sonreía maliciosamente. Los ojos del joven chispearon.

—Yo conozco a uno que no es malo del todo. Pero quiere algo más.

—¿De veras? Tendrá un buen sueldo...

—El dinero no lo es todo. Clara.

—¿Qué más pide ese abogado?

Mott se puso en pie y prendió a Clara por las manos, atrayéndola hacia sí.

—El abogado quiere dejar de ser soltero. ¿No conoces tú a una chica que pueda casarse con él?

—Yo sí la conozco —sonó de pronto la voz de Hettie, que aparecía en aquel momento, con una bandeja en las manos—. Vamos, mi niña, dígame que sí. ¿Dónde va a encontrar un esposo mejor?

Clara se echó a reír, sin dejar de mirar al joven.

—Los consejos de Hettie suelen ser acertados siempre —dijo.

—Y ahora, él —añadió la sirvienta—, debe cumplir con su deber.

—¿Cuál es ese deber, Hettie? —preguntó Mott.

—¡Bésela, hombre, bésela! ¿No ve que ella lo está deseando?

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales — Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su

casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.